

Marcelo Maller

# HORACIO ELIZONDO

Un hombre justo



ediciones  
**al arco**

**Marcelo Maller**

# **Horacio Elizondo**

Un hombre justo

*A Tomás, que me devolvió la pasión  
por mi viejo amor: el fútbol.*

## **Agradecimientos**

*A los integrantes del Archivo de Clarín*

*A Julieta, por la paciencia para corregir y apoyar con su ojo crítico y criterioso este proyecto.*

*A mis viejos, a Miguel Vulcano y Martín Dondena, que leyeron con el corazón y anotaron los errores con la razón.*

*A Víctor Hugo Morales, Ezequiel Fernández Moores, Horacio Pagani y Miguel Simón que brindaron generosamente su opinión.*

*A Gustavo Yarroch, Guillermo Caporaletti, Mario Rueda y Adrián Casaccio, colegas que aportaron su amistad y contactos.*

**S**i de contar buenas historias se trata una parte del periodismo, encontré en la vida de Horacio Elizondo la posibilidad de relatar una de ellas.

Pasaron cuatro años desde aquella final del Mundial de Alemania que dirigió con autoridad y solvencia, pero se hace -y se hará- difícil olvidar cuando expulsó al francés Zinedine Zidane, un símbolo del fútbol internacional de todos los tiempos.

Mientras nuestra sociedad debate hacia dónde quiere ir en esta época de liviandad política y violencia, escribir una vida de esfuerzo y trabajo, de estudio y perseverancia, puede resultar un refugio para quienes todavía creemos que un país mejor es posible. Elizondo comenzó desde muy abajo y terminó en lo más alto de su profesión, en un ejemplo claro de lo que significa correr detrás de la utopía y de conseguir lo que uno desea.

*EL AUTOR*

# 1.

## CASUALIDAD, CAUSALIDAD

**K**enneth George Aston nació en la inglesa Colchester el primer día de septiembre de 1915. Y nació para ser árbitro de fútbol. Su vida se sacudió a los 20 años, cuando dictaba clases en la Universidad de Essex; lo llamaron para dirigir un partido entre los estudiantes y quedó tan entusiasmado con su actuación que al año siguiente quiso aprender aquella profesión que apenas había podido disfrutar por un rato.

Su dedicación y aptitud lo llevaron a convertirse en uno de los principales referís de Gran Bretaña y debido a su buen nivel fue designado para intervenir en la Copa del Mundo de 1962, en Chile. Tuvo el honor de debutar en el partido inaugural del campeonato y ser testigo cercano del triunfo local sobre Suiza por 3 a 1. Y como las autoridades de la FIFA quedaron más que satisfechos con su desempeño, fue elegido para impartir justicia en el enfrentamiento entre Chile e Italia, considerado por los organizadores de “alto riesgo”. No se equivocarían: ese choque fue bautizado, días más tarde, como “la batalla de Santiago”.

Una vergonzosa pelea hecha partido de fútbol.

Hubo de todo en el Estadio Nacional que pareció un improvisado Coliseo romano. Patadas, golpes de puños, insultos. Ca-

rabineros en medio de la cancha e inclusive un jugador italiano preso. Chile ganó por 2 a 0 ante el fervor de las 66 mil personas presentes y de esa manera consiguió su pase a la siguiente ronda.

Aston, en tanto, no había vivido un gran día. “*No estaba arbitrando un partido de fútbol, estaba actuando como un juez en un conflicto militar*“, explicó, lejos de la flema británica de quien también había sido Teniente Coronel en la Segunda Guerra Mundial.

A los 47 años se retiró pero FIFA lo quiso en su Comisión de Arbitros. Su aceptación como miembro en 1966 lo llenó de orgullo porque además en ese mismo año se jugaría un nuevo Mundial, esta vez en su casa, Inglaterra, y él sería el encargado del arbitraje. Por esos caprichos del destino, el árbitro inglés estuvo casi obligado a ocupar un lugar en la historia de partidos conflictivos. Esta vez debió hacerle entender a Antonio Rattín que el árbitro alemán Rudolf Kreitlein ya lo había expulsado en los cuartos de final entre Argentina e Inglaterra, por lo que debía retirarse de la cancha. En aquella época el juez le informaba al jugador verbalmente que debía irse del verde césped y el capitán argentino había pedido un traductor ya que aducía no entenderlo. Su ingreso evitó males mayores, aunque el Rata hizo de las suyas cuando ya se había resignado a partir hacia los vestuarios. En su camino estrujó la banderita inglesa que oficiaba como banderín del córner. Una ofensa grave para la Reina y para sus súbditos...

Es verdad que para el fútbol argentino ese partido resultó frustrante ya que, al fin y al cabo, terminó perdiendo por 1 a 0 y quedó eliminado. Pero los ingleses -luego campeones-, también sufrieron al árbitro alemán. ¿Por qué? Los hermanos Bobby y

Jack Charlton habían sido amonestados por Kreitlein aunque ni ellos ni el director técnico inglés Alf Ramsay se dieron cuenta. Nunca entendieron los gestos ampulosos que hizo el juez en aquel choque contra los sudamericanos. Político y equilibrado, Aston les dijo a jugadores y dirigentes que él mismo estudiaría este problema para evitar confusiones en un futuro cercano.

Obstinado como pocos, no paró hasta resolver aquella dificultad. Y mientras conducía su coche por la calle Kensington, en Londres, se detuvo ante un semáforo y su rostro se iluminó: “Amarillo significa que aún puedes pasar. Es como si en una cancha le advirtiera a un futbolista que sólo tendrá una chance más. Y rojo, alto, fuera del terreno”, pensó. Aston tuvo allí su Eureka. A partir del Mundial de México de 1970 comenzaron a utilizarse las tarjetas amarilla (amonestación) y roja (expulsión), como símbolo universal, más allá del origen de cada árbitro.

Aún sin saberlo, Horacio Marcelo Elizondo, ese muchacho que vivía en Don Bosco y estudiaba Profesorado de Educación Física en el INEF Romero Brest en 1983, seguiría sus pasos, y un par de coincidencias entre ambos resultarían asombrosas. El inicio en el arbitraje, por ejemplo.

Durante el profesorado, Handball era una de las materias a superar y Alfredo Miri, el profesor que guiaba a los alumnos y que encomendó a Elizondo a dirigir un partido. Corría el segundo semestre y ya habían dejado atrás táctica, estrategia, técnica y la teoría y era hora de la práctica activa del reglamento con partidos jugados entre los alumnos.

Después de terminada la clase, Miri llamó a un costado a quien había arbitrado el encuentro.

-¿Usted no pensó nunca en ser árbitro?

-La verdad que no.

-Es que me llamó la atención una cuestión que no todo el mundo tiene. Cómo usted hizo para separar rápidamente las cosas. Ponerse en el rol de árbitro y a partir de ahí marcar una distancia con sus compañeros con los cuales comparte un montón de cosas. Separó la parte emocional y se puso frío y objetivo. Vi cómo los trataba si alguno le reclamaba algo, y cómo usted les decía lo que se podía hacer y lo que no.

Después de aquella conversación, cada tanto Miri insistía en llevarlo a la Federación de handball para realizar el curso. Y volvió a la carga.

-¿Qué va a hacer?

-No tengo pensado ser árbitro.

-Pero sería desechar una oportunidad. Si no es de handball ¿de qué le gustaría ser árbitro?

-De atletismo.

-Usted no está para medir ni marcar, está para dirigir deportes de conjunto.

La conversación quedó ahí. Pero se había acomodado en un pequeño lugar de su corazón y también de su mente. Un año más tarde, y como si el destino lo hubiese empujado a elegir el camino correcto, Elizondo se bajó del auto de un compañero de estudios en Viamonte y Uruguay. “Está bien acá, no te preocupes. Ahora camino y me tomo un colectivo a Constitución y de ahí el 98 o el tren”, le dijo amablemente. No iba con frecuencia a Capital pero conocía las calles Florida, Lavalle, la 9 de Julio y Corrientes. Con eso le alcanzaba.

Uno tras otro, sus pasos se sucedían hasta que divisó un cartel sobre una puerta de vidrio que decía: “Abierta la inscripción para árbitros”. Elizondo lo leyó y siguió caminando mientras

la tarde comenzaba a desplegarse en el centro porteño. Cuando llegó a la esquina lo frenaron el semáforo, el espíritu de Aston y las charlas con el profesor Miri. La curiosidad se apoderó de su cuerpo y regresó para releer aquel cartel y conocer qué requisitos eran necesarios. “¿Qué es este lugar?”, se preguntó, y consiguió una rápida respuesta cuando levantó la cabeza, elevó su mirada y divisó un cartel más grande que el anterior: AFA. Allí, por primera vez, descubrió el edificio de la Asociación del Fútbol Argentino.

Miró su reloj a las tres de la tarde y sonrió porque la atención al público era de 14 a 20. Entonces se decidió, ingresó y subió directamente al primer piso. Allí lo recibió un empleado administrativo:

-¿En qué lo puedo atender?

-Vengo a averiguar por la inscripción del curso de árbitro.

-¿Así viene vestido?

-¿Cómo así? Este es el uniforme oficial del Profesorado. ¿Estoy mal vestido?

-Usted estará bien vestido, pero acá hay que venir de saco y corbata.

-Gracias, buenas tardes.

Era 1983 y todavía flotaban en el aire algunos resabios de la más feroz de las dictaduras que había vivido nuestro país entre 1976 y 1983. Elizondo salió de la casa del fútbol argentino con bronca e indignación. Para quemar esa energía negativa, también como entrenamiento y otro poco por entusiasmo, se fue corriendo unos veinte kilómetros hasta su casa, en Don Bosco. Cuando llegó a su casa le contó a sus padres lo que había vivido. Pero a Horacio ya le gustaban los desafíos y entonces volvió a Capital unos días más tarde. Esta vez, con la ropa solicitada por

aquel señor de la recepción.

-Buenas tardes. ¿Así estoy bien vestido?

-Sí.

El empleado tomó sus datos, le dio las indicaciones protocolares y una fecha para reunirse con el vicedirector de la Escuela de Árbitros, Claudio Busca, quien le preguntó:

-¿Y qué lo llevó a estudiar para árbitro?

-Mi profesor de handball me lo había recomendado. Pero además estudio Educación Física porque amo la docencia y de adolescente tuve el sueño de ser fiscal de la Nación.

Luego lo entrevistó un psicólogo y más tarde vendría una prueba física y médica que, por supuesto, pasó sin problemas. Durante el curso ya empezaba a acostarse y a levantarse pensando en el arbitraje, lo único que le interesaba por esos días. El sentido de justicia que tenía, agregado a sus ganas de enseñar y el amor al deporte, se habían convertido en los pilares que despertaron en su interior esa gran pasión.

Veintidós años más tarde, el 9 de julio de 2006, en el Olympiastadion de Berlín y mientras Francia e Italia definían la final del 18° Mundial de fútbol, él, con 42 años en sus 183 centímetros de humanidad y a tan sólo diez minutos de concluir los noventa reglamentarios, expulsó al símbolo francés Zinedine Zidane ante 75 mil personas ubicadas en el mismo estadio que albergó los Juegos Olímpicos de 1936 y cuya reconstrucción demandó 242 millones de euros. Y frente a otros mil millones de seres humanos que lo seguían por televisión.

Una vez más, Aston decía presente.

## 2.

### DE CANILLITA A...

Por unos instantes, todos los ojos del planeta fútbol se posaron en ese italiano de 32 años que estaba tirado en el césped, lejos de su Lecce natal y defendiendo a su país por segunda vez en un Mundial. Marco Materazzi ya había conseguido el gol de cabeza para igualar la final ante Francia 1 a 1 y pocos sabían por qué se tomaba el pecho unos metros delante del área que defendía su compañero Gianluigi Buffón.

“¿La querés? Te la doy después del partido”, le dijo Zizou luego de que el italiano con 25 tatuajes en su cuerpo lo tomara de la camiseta en una jugada anterior. “Prefiero a la puta de tu hermana”, le habría respondido Materazzi con la misma agresividad por la cual se destacaba su juego.

Frase suficiente para que el emblema francés perdiera la cordura cuando ambos se dirigían hacia el centro del campo.

Elizondo no vio aquella acción, pero decidió detener el juego para que atendieran al defensor del Inter de Milan. Mientras pedía asistencia, escuchó por el intercomunicador el susurro del español Luis Medina Cantalejo, cuarto árbitro y su “ángel de la guarda”, según diría más tarde. Antes, el árbitro europeo le había comentado el incidente al línea Darío García.

-Horacio, el 10 de los blancos (Zidane) le ha aplicado un terrible cabezazo en el pecho al italiano; cuando lo veas no lo vas a poder creer....

-¿Por qué? ¿Qué hizo? ¿El otro no hizo nada?

-No he visto nada del otro; parece que no.

-Ok.

-Vos, Darío, ¿viste algo?

-No.

-¿Cómo fue el cabezazo, Luis? ¿Le apoya la cabeza?

-¡No! Terrible cabezazo en el pecho. Espera ver la confirmación en el hotel.

-Gracias.

Roja clavada, pensó inmediatamente Elizondo. Cuando llegó al lugar donde ya se retiraba el médico italiano, Atila, como le decían sus colegas en la FIFA, ya sabía todo lo que había pasado. Se decidió a calmar a los jugadores porque pocos habían visto lo ocurrido. Buffón, el arquero, fue uno de ellos y por eso salió a increpar al asistente García. “Vos lo viste”, le dijo al rafaélino. Otro de los testigos resultó el volante italiano Gennaro Gattuso, quien a su vez calmó al defensor francés Lilian Thuram, que se agachó para decirle a Materazzi que se levantara, que no le había pasado nada. Gattuso le contó a su ex compañero en Italia lo que había pasado y Thuram no le creía. Elizondo, que tampoco podía creer la reacción de Zidane, los calmó. En ese momento fue caminando a ver a su compañero asistente con la misma firmeza que tuvo a los 13 años para decidir que debía ir a trabajar para ayudar a su familia...

Ya le daba vergüenza pedir dinero en casa. Y en el inicio de la adolescencia, Horacio quería tener su jean o un par nuevo de zapatillas producto de su esfuerzo, de su trabajo y del dinero

propio. Tenía escuela: su padre había comenzado a trabajar a los 8 años.

La parada de diarios más grande de Don Bosco, ubicada a la salida del túnel de la estación de trenes, allí en la calle San Martín, fue el lugar elegido por ese pibe que se levantaba a las cinco de la mañana para insertarse en el mercado laboral. Y Don Lino y su hijo Antonio, los dueños del puesto y a su vez los hombres que le abrieron la puerta a ese chico empeñoso. El bar *El Cuyén* los miraba desde la esquina en la fiel escenografía del barrio. La excursión duraría cinco años, hasta que Don Agustín lo llevase a trabajar con él a la fundición por un período de casi tres años. Ahí aprendió a valerse por sus propios medios y dejar de ser hijo de... Después, todos sus trabajos estarían relacionados con el Profesorado de Educación Física. Con las ganas de enseñar, en medio de tantos sueños.

No perdía un instante y aprovechaba cada una de las oportunidades que le daba la calle. Por lo pronto leía los titulares de los diarios para estar informado. También la bicicleta con canasto lo ayudaba a mantenerse en buena forma física. Las piernas bien fuertes se iban modelando luego de subir y bajar los cuatros canastos de 60 periódicos cada uno que levantaba y bajaba por día. Ya tenía voz de mando en ese período porque intercalaba el material a entregar y decidía quien de sus colegas (algunos eran compañeros del colegio que él mismo había traído, como Carlos Sotelo o Marcelo Crotoggini) debía llevar *Clarín*, *La Nación* o la *Gente*.

El clima no importaba. Lluvia, viento, sol, calor o frío no podían frenarlo. Su sacrificio, pensaba, valdría la pena más adelante. Las pocas horas del día con las que contaba para estudiar las manejaba con inteligencia. Y el tiempo le daría la razón

cuando recibió el título de Perito Mercantil.

Claro que la intensa pedaleada entre bocinas y quejas de gorriones no podía detenerlo cuando sabía que pasadas las seis de la mañana su primera novia caminaba por esa zona para tomar el colectivo 85 que la llevaría al colegio. Horacio tenía que entregar un canasto y hacía lo imposible para llegar, verla y decirle sólo un “hola”. Le latía el corazón a mil por hora. La había conocido un verano y comenzaron a verse con frecuencia en otoño. Pero cuando la veía cada mañana, el aire le parecía distinto. La vida, en definitiva, tenía un sabor más dulce y caramelado.

### 3.

## ESA TRISTEZA, ESE APRENDIZAJE

**C**amina Elizondo hacia uno de sus costados en la búsqueda de la última confirmación. Quiere que Darío García le brinde el respaldo final.

-¿Qué viste, Darío?

-No vi nada.

-¿Cómo que no viste nada? Este es tu sector.

-No lo vi porque pasó a espaldas mías.

-No lo viste porque te pasaste de tu posición con el penúltimo defensor y te distrajiste paveando mirando el partido. Volvamos a estar concentrados.

García nació en Rafaela, ahora es pastor evangelista y además trabaja en la Dirección de Formación Arbitral. Él conocía bien a Elizondo, por eso dice hoy: “A pesar de que teníamos nuestras diferencias siempre fuimos muy honestos el uno con el otro. Le reconozco a Horacio una capacidad tremenda para cambiar y adaptarse. Puedo resaltar sus valores y su capacidad profesional. Y sin compartir lo mismo, y pese a ser parecidos de carácter, nunca tuvimos problemas. Si bien Horacio era el número 1, decía que si éramos los mejores había que demostrarlo desde un entrenamiento hasta en la cancha. Y eso nos permitió

evolucionar a nosotros también y pudimos formar un equipo, que es muy difícil en una actividad individualista como ésta. Quedó un compañerismo muy grande y se extiende fuera del arbitraje. Tenía una actitud paternalista y a lo mejor discutíamos y al otro día me abrazaba y me decía ‘vení que no podemos estar peleados’. Lo aprecio mucho, aprendí de él y pasamos muchos buenos momentos juntos. Él era el capitán y tenía la capacidad de decir ‘si esto no va bien, hay que cambiarlo’”.

Así se nota en aquella última parte del diálogo entre Elizondo y García, una advertencia del árbitro para su compañero y para sí mismo. La breve charla terminó allí y regresó al centro de la cancha con la decisión tomada; expulsaría a Zidane. Hoy, cuatro años después, las discusiones con García no se terminaron. Una demostración de que el trabajo en equipo de la terna arbitral fue extremadamente exigente, con un nivel de stress controlado y de competición muy fuerte entre los tres. Inclusive más allá de lo que hacían en la semana durante los entrenamientos, como las charlas de preparación, los almuerzos de trabajo, y el estar conectados muy a menudo, los intercomunicadores que utilizaban durante los partidos les servían para la autocorrección. Entre los tres árbitros había una gran camaradería y conocimiento, y vale una anécdota para confirmarlo.

Rodolfo Otero, el otro asistente en Alemania 2006, hizo su prueba física para ingresar a AFA en febrero de 1987 y quien se la tomó fue el mismísimo Elizondo. Y ambos regresaron juntos en el colectivo 11 ya que Horacio vivía en Don Bosco y Otero, en Gerli. “Aun cuando no había sido elegido como árbitro internacional, Horacio ya era visto como un referente y era señalado como el ejemplo a seguir en lo técnico. De hecho mi referencia arbitral fue él. Cuando llegué a Primera empecé

a arbitrar con él y fuimos armando el grupo, casi sin quererlo. Horacio llegó a lo máximo al igual que Darío y considero que el éxito conseguido fue en lo humano. Muchas veces estuvimos semanas fuera de nuestros hogares y las charlas pasaban más por saber cómo estaban nuestras familias que por el arbitraje”, relata Otero cuatro años más tarde de aquel Mundial. “Eso nos afianzó y permitió que en una cancha supiéramos lo que había que hacer, pero no sólo desde lo técnico. Ese fue nuestro gran secreto; formamos una familia. Cuando le ofrecieron trabajar en AFA también me preguntó si quería estar con él y acepté gustoso. Siempre supimos que el capitán del equipo era él. Por encima de lo técnico, a Elizondo hay que rescatarle sus ganas de aprender porque nunca se conformó, siempre buscó progresar y fue por más. No se quedó sólo con dirigir un Mundial, quiso llegar a la excelencia arbitral”.

El grado de autoexigencia de los tres era altísimo. En 2002 no habían estado en Japón-Corea y en 2006 no se les podía pasar un detalle. Al fin y al cabo Elizondo y sus dos asistentes dirigieron cinco partidos en Alemania y constituyeron un récord para el Guinness ya que fueron protagonistas en el partido inaugural (Alemania-Costa Rica) y también en la final. Además estuvieron en otros tres encuentros: República Checa-Ghana, Suiza-Corea (ambos de primera ronda) e Inglaterra-Portugal, por los cuartos de final.

*Mi peregrinaje hacia el Mundial de 2002 comenzó en 1996 cuando dirigí por primera vez un partido por Eliminatorias para el Mundial de Francia entre Ecuador y Colombia. Fue dos años después de mi debut internacional entre Colo Colo de Chile y Nacional de Montevideo por la Copa Libertadores. Sabía que, al ya tener mi primera experiencia, me encolumnaría*

*para Japón-Corea porque para el Mundial de Francia de 1998 tenía a Javier Castrilli delante de mí que estaba en su mejor momento e indudablemente yo no podía ponerme a discutir su nivel; él contaba con más desarrollo y tenía más capacidad. Era consciente de ello, pero sabía que si podía estar en las Eliminatorias en un par de partidos (también jugué en Qatar-Irak), mi carrera podría encaminarse hacia algo diferente.*

*Para el Mundial 2002 estuve en ocho partidos eliminatorios, además jugué Honduras-México con Rossi, Ratalino y Baldassi de cuarto árbitro. Con los dos primeros y Claudio Martín fuimos luego el primer equipo arbitral en la historia que, siendo sudamericanos, dirigimos eliminatorias en Europa. Fue en España 3-Austria 0, en el estadio Mestalla de Valencia. Para nosotros fue muy fuerte y para el mundo del arbitraje quedó en la historia.*

*En el 97 había dirigido mi primera Copa América y el Mundial Sub 17 de Egipto, en el 99 fui a otra Copa América, en el 2000 dirigí el primer Mundial de Clubes en Brasil y en 2001, los partidos que comenté. Si a esto le agregamos el rendimiento que había conseguido en el ámbito nacional y lo que comentaban mis formadores, todo indicaba que estaba en el camino correcto para llegar al Mundial de Corea y Japón. Pero resultó que no.*

*El 8 de enero del 2002 era Secretario Adjunto de la Asociación Argentina de Arbitros y fui a trabajar como todos los días. Entré a la AFA para hacer un trámite y me crucé con un periodista acreditado:*

*-¿Se enteró?*

*-¿De qué?*

*-Va Angel Sánchez al Mundial.*

-¿Ya está confirmado?

-Sí, recibimos el cable con la designación y dice Sánchez y Ratalino como asistente.

-Ah, qué bien.

*Para mí, un mazazo fue poco aquella noticia. Volví a mi oficina en el sindicato, me encerré y me puse a llorar como un nene. Yo creía que ese lugar era mío por una cuestión de rendimiento y de los que confiaban en mí para que dirigiese. Pero había un aspecto político que yo no veía o negaba. Nunca le presté atención porque mi prédica era sobre el campo de juego, ahí se ven los pingos y allí se ve quién está mejor que el otro, quién es más profesional. Creía en eso porque lo político es coyuntural, y te puede jugar a favor o en contra. Además nunca fui a golpear una puerta para pedir dirigir tal partido o tal campeonato.*

*Toda esta movida política, al fin y al cabo, era cierta. Por un lado la AFA no veía con buenos ojos que un sindicalista dirigiera en un Mundial. Por otro, mi relación, a partir de ese cargo, no era la mejor. En esa posición que tenía yo pedía por los árbitros y entonces había choques con la patronal. Me veían en la vereda de enfrente y ellos estaban más gustosos en ayudar a quienes estuvieran en la suya. Hubo todo un trabajo que hicieron muy bien: el de tratar de convencer a Julio Grondona para que fuera Angel Sánchez, amigo de Jorge Romo (entonces presidente del Colegio de Arbitros), ya que era su último Mundial y yo, según los demás, tendría otra chance más adelante. Así se dieron las cosas y quedé afuera.*

*Fue un golpe muy grande aunque no me sentí frustrado. Tenía mucha bronca e impotencia y me sonaba injusto, pero también fue un gran aprendizaje. Había construido un castillo de cristal y que de repente se rompiese, me servía para vivir en un*

*mundo más real y no uno de película o fantasía. También hacía trabajar mi vanidad, soberbia y omnipotencia. Si yo me creía el único, la vida me demostraba que no era así, que podía haber otro. Y así fue.*

*A la vez pensaba que, si con todo lo que hice no alcancé las expectativas para que me eligieran, o si creía que estaba trabajando al ciento por ciento hasta ese momento, sin dudas tendría que trabajar al quinientos por ciento para que en el 2006 tuviese otra oportunidad. Y ahí si no debían quedar dudas para que ninguna situación política o extra política me sacase de Alemania.*

*Entonces multipliqué mis esfuerzos y trabajé ciertas cosas que tenían que ver conmigo. Pero recién lo comencé a hacer tres meses después de ese impacto que recibí. Y no la pasé muy bien en ese lapso; me daba cuenta de que no estaba metido ni dentro ni fuera de la cancha porque esa preocupación caminaba por mi mente y no me dejaba hacer mi tarea de la mejor manera.*

*Durante ese período pensé en no arbitrar más, era un sentimiento que me hería. Hasta que en un momento me detuve y me dije: “Este no es el camino. Pero si abandono todo, voy a perjudicarme”. En la cancha había perdido la tensión y la concentración porque ellas estaban apuntando a saber qué me había pasado. Los jugadores se mataban a patadas, se peleaban, pasaban los penales, los foules y me decían “¿Elizondo, no lo viste?”. “¿Y qué quiere?, para mí no fue. Vaya para el otro lado”, les respondía. Estaba en otro planeta.*

*Pero lo que me llamó a la reflexión fue un partido amistoso que se jugó en Neuquén entre San Lorenzo e Independiente. Para mí había terminado todo bien, aunque no me interesaba*

*si había dirigido correctamente o no. Pero durante la semana empecé a ver que los diarios decían que no había arbitrado bien, que no era el mismo, que estaba mal. También escuché la radio y los periodistas decían que había dejado pegar mucho. Hasta que decidí ver el partido otra vez y me di cuenta de que había sido impresentable lo que hice; si se hubiese jugado sin árbitro hubiese sido lo mismo, o mejor. Entonces entendí que si seguía así, por ese camino y con esa tesitura, iba a hacer mi propia lápida. Y también iba a darles la razón a los que decían que no era un árbitro mundialista y que estaba bien que hubieran elegido a otro. Así que a partir de ese momento decidí cerrar aquella etapa y pasé de la preocupación a la ocupación. Pasar a ocuparme de los próximos cuatro años fue mi tarea.*

*Allí empezó todo el trabajo y el desafío que no fue nada fácil porque cuando ponés toda tu energía, hacés todo lo posible y aun así no conseguís el objetivo te ponés a pensar cuánto te falta. Y me faltaba. Porque podría haber ido a Japón-Corea y haber sido un árbitro mundialista. Pero para marcar la diferencia, que era lo que yo quería, no estaba. Para ser el mejor, mi gran objetivo, no estaba.*

*Así comencé a relacionarme con la filosofía oriental, a buscar mayor apertura y concentración. Más flexibilidad, más atención, controlar mis ansiedades. Busqué concentrarme más en el objetivo pero disfrutando el día a día, las cosas que me dieran felicidad. Me gusta mucho el cine, entonces agarraba el auto e iba a ver una buena película. Planifiqué a corto, mediano y largo plazo; me tracé un plan de metas. También esos cuatro años estuvieron muy planificados en pos de la gran meta para no dejarme dudas ni a mí ni a los demás, que el árbitro que debía ir al Mundial era yo.*

*También me hizo muy bien el ingreso de Héctor Baldassi a Primera División y al arbitraje internacional porque yo estaba en una chatura por el nivel reinante en esos momentos y él fue una bocanada de aire fresco que me movilizó. “Mirá que si te quedás dormido este pibe con el tiempo te pasa el trapo”, pensé. También haber ido al Mundial Sub 20 de Emiratos Arabes en 2003 me dio una noción de dónde estaba parado. Y me di cuenta de que me faltaba bastante.*

*Cuando pedí una devolución de mi actuación en ese torneo al español José García Aranda, jefe del arbitraje, me dijo: “Mire, su participación en el Mundial fue de menor a mayor. Y nos demostró sobre todo en los últimos dos partidos que tiene gran capacidad pero también hay parámetros que debe cambiar. Creo que al Mundial 2006 va a ir porque vive en Argentina, su país es una potencia y tendrá un árbitro. Lo que sí está en sus manos es ser consciente de lo que quiere ir a hacer al Mundial. Hoy por hoy está para jugar uno o dos partidos de escasa relevancia. Ahora si su objetivo es hacer cosas importantes, con este no alcanza. Tiene que seguir desarrollándose”.*

*Volví a Buenos Aires insultando. “Este no sabe que tengo cinco súper clásicos, dos Copas Américas, una final de Libertadores y Mundiales juveniles”, decía yo. Tenía un currículum muy extenso pero la soberbia y la vanidad hacían su trabajo. Aunque luego pensé: “Si él es el director técnico del equipo y yo quiero ser el mejor, le tengo que hacer caso”. En este sentido también me aparecieron dudas ¿Quién es él? ¿Qué sabe? Bueno, por un lado es mi técnico y me lo está diciendo a mi favor y también mi progreso le serviría. Así que lo entendí luego de un tiempito y me puse a trabajar.*

*Seguí con mis terapias y redoblé mis esfuerzos físicos. No*

*tenía la edad del 2002 pero me sentía muy motivado. Durante esos días me levantaba y de Parada Robles viajaba cien kilómetros hasta Ezeiza en auto, volvía a casa, almorzaba, descansaba una buena siesta, me iba a estudiar inglés, luego pasaba por el gimnasio y más tarde a natación. Y busqué otras opciones, también. Antes de los partidos sabía que tenía que empezar a visualizar el juego, comenzar a controlar emociones y a concentrarme. Por eso, antes de salir de casa hacia la cancha, durante una hora planchaba la ropa con la cual iría al estadio y también la que usaría durante el partido. Era una forma de focalizarme. En esta tarea de no dejar arrugas y de ir por etapas fue muy importante para mí.*

*Esta situación se pareció, por el paso adelante que di, a lo que viví después del año 2000. Comencé a realizar autocrítica y aprender que cometer errores no significaba ser un desastre en mi profesión. Pero tenía miedo al error y a lo mejor responsabilizaba a terceros. Tal vez la no aceptación de mi arbitraje en los medios me provocaba un golpe a mi soberbia. Entonces decidí hacer un ejercicio: los lunes compraba seis diarios para ver qué decían de mi actuación y cómo me calificaban. Ya en un momento me lo traía el canillita. Era una terapia empezar a aceptar que había gente que veía las cosas de otra manera. Luego seguía con las radios y más cerca de la noche veía la televisión. Quería escuchar la realidad y trabajar conmigo. Hasta que en un momento me di cuenta de que me interesaba saber qué decían los medios, pero no me condicionaban.*

*Pero volviendo a la preparación para 2006, otra faceta importante que descubrí fue cuando me invitaron a un programa de golf. Allí agarré por primera vez un palo y le pegué a la pelotita como si supiese jugar de toda la vida. Así que empecé*

*a practicar y encontré en ese juego algunos contenidos que andaba buscando. En tres años llegué a tener 11 de hándicap, tirando mil pelotas por día. Me dio muchas cosas; estar atento y concentrado durante mucho tiempo., es un deporte para el que necesitás potencia y precisión; te enseña a calmar la ansiedad. Es un juego que dura horas y te hace trabajar con la presión, el control del equilibrio y las emociones en competencia. Me dio argumentos para trasladarlos al campo de juego.*

*¿Qué es lo que yo hago en el arbitraje? ¿Cuál es el objetivo central del arbitraje? Tomar decisiones, constantemente, durante 90 minutos y bajo ciertas circunstancias. Entonces apareció el acondicionamiento físico (era lo que hacía), cómo juegan mis emociones, y aparece más adelante el trabajo técnico táctico y estratégico que desarrollaba en el campo de juego. Luego estos pilares conforman los contenidos de la DFA, el entrenamiento para los árbitros. Es decir de la propia pericia y de otros árbitros que me contaban y veía cómo se preparaban*

*Del 2003 al 2006 comenzó el trabajo con quienes éramos los precandidatos a ir al Mundial. Había 55 y quedamos 23, así que en esos años nos fuimos puliendo. Estaba ‘la creme de la creme’. Aquí en Sudamérica estábamos Chandía y Larrionda, Ruiz, Amarilla, Ortube, Hidalgo, Simón y yo. Hubo Mundiales juveniles y workshops que cada vez se ponían más exigentes. Hicimos tests de preparación física, psicología, prácticas en campo e inglés. Vivía muy consciente de lo que hacía y no tenía ninguna duda de que iba a ir al Mundial de Alemania. Internamente me sentía muy seguro.*

*Finalmente el 10 de enero de 2006 fui elegido para arbitrar en Alemania 2006. Pero, como siempre, no me enteré oficialmente por AFA, sino por los medios de comunicación. Llamaron a*

*casa y me dijeron: “Elizondo, ya salió la lista y lo convocaron a usted”. “¿Si?”, les contesté. Empezaron a llamame todos, pero antes chequeé en AFA. A partir de allí la sensación fue otra; quedaba menos tiempo y yo seguía trabajando para ser el mejor. Eso lo tenía bien guardadito en mi interior. Y ser el mejor significaba apuntar a cumplir la mejor tarea en el partido que nos dieran, sin importar la cantidad de partidos, la calidad de ese partido o la instancia en la que se jugase. Y en ese proceso de cinco meses que quedaban para el Mundial hablamos mucho con Darío García y Rodolfo Otero. Teníamos que tratar de abstraernos de cómo le iba a la Selección, la cantidad de partidos que nos dieran, etcétera. No debíamos dejar escapar la oportunidad; teníamos que demostrar en esos 90 minutos para qué nos habían preparado.*

*A Rodolfo lo conocía un poco más. Así que fue todo un aprendizaje, qué cosas sentíamos y pensábamos como personas, nuestros ideales, nuestros valores. Era el papel más importante; el arbitraje venía en segundo lugar. Por supuesto que no éramos iguales y teníamos que delegar tareas y funciones para cada uno. Ellos tomaron bien que fuera el capitán del equipo. O al menos me lo hicieron creer. Porque cuando se juntaban los dos, la perdía siempre. Si bien era el líder en algunas circunstancias, los roles cambiarían fuera y dentro del campo de juego. Fue una tarea linda porque ensamblar un equipo no es fácil. Y eso fue lo más notorio: demostramos que se pueden lograr estas cosas. Fue una de las claves del éxito; ellos también querían ser los mejores.*

## 4.

# LA INFANCIA, LOS VALORES

Cuando regresa hacia la mitad de la cancha, Elizondo no piensa en nada. O sí. Mirar a Zidane a los ojos, expulsarlo y reanudar el juego. Llega, eleva su brazo derecho y le muestra la tarjeta roja y lo anota en su libretita. Pero aquel jugador quiere sacarse una duda antes de retirarse por última vez de un campo de juego. Entonces le toca el hombro a Elizondo. Y Elizondo le dice:

-¿Qué hace?

-No me malentienda. Quiero hacerle una pregunta.

-¿Qué pregunta?

-¿Ustedes vieron lo que hizo él?

-No, ninguno de los cuatro lo vio. ¿Qué hizo?

Quien comenzaba a ser ex futbolista no contestó, dio media vuelta y se fue.

Cuando volvió al hotel, Elizondo estaba deseoso de ver qué había sucedido y qué no había visto. Un deseo controlado porque todos le habían dicho que había acertado. Prendió el televisor y se encontró con la jugada: le resultó impactante. También, días más tarde, quedó shockeado con la imagen del francés de espalda, yéndose de la cancha tras la expulsión, al pasar por al

lado de la Copa del Mundo. Aquel trofeo que reemplazó a la Copa Jules Rimet, que en 1970 quedó en manos de Brasil luego de conseguirla por tercera vez en el Mundial de México.

Unos días después de la final, Zidane dijo que no estaba arrepentido de lo que había hecho, aunque pidió perdón por el gesto y dijo que lo lamentaba especialmente por los niños “que tienen que evitar ese tipo de cosas”. Pero tardó casi tres años y medio en hablar francamente de lo sucedido. Fue en una entrevista con la revista *France Football* el 22 de diciembre de 2009 y dijo:

“Honestamente, si Francia hubiera salido campeón y yo hubiese continuado en el campo de juego, no sé cómo habría hecho para vivir con eso. Sufriría eso es seguro. Fue bueno que el arquero Buffon advirtiera al árbitro porque no fue una cosa bonita”. Más tarde, en marzo de 2010, el francés abrió otro capítulo cuando dejó encendida la polémica: “Prefiero morir que pedirle perdón. Reaccioné porque se metió con mi familia y aunque la gente no lo sabía, en ese momento yo tenía a mi madre internada”, señaló. Materazzi no tardó en contestarle y en su página de Internet dijo: “Gracias, señor”, ubicado al lado del trofeo conseguido en la final.

Aquella, la de 2006, fue una foto terrible que hizo ruido en la cabeza de Elizondo. ¿Qué aprendizaje habrá sacado Zidane?, se preguntó preocupado.

La misma preocupación que tenía su mamá Haydeé cuando Horacio no comía mucho de chico.

\* \* \*

Horacio nació en el Hospital de Quilmes y vivió hasta los 6 años atrás del parque cervecero. Allí hizo todo su Jardín de

infantes pero su único amiguito, Pablo Latorraca, no iba a ese Jardín y se diferenciaba claramente del resto porque lo llamaba por su segundo nombre que odiaba; Marcelo. Con él pateó su primera pelota y anduvo en triciclo por la calle. Se visitaban en sus casas y tomaban la merienda juntos. Era en esa época, entre los 5 y 6 años, en la cual Doña Mercedes Haydeé Celedón estaba preocupada porque su hijito no comía. O, en todo caso, comía muy poco. Ser redondito era sinónimo de salud pero él no probaba bocado porque no tenía hambre y sólo comía lo que necesitaba. Si hasta tuvieron que visitar al médico, le dieron vitaminas y entonces se pasó al equipo de los gorditos. Tanto que en la adolescencia tuvo que cuidarse porque se iba de peso.

Haydeé, como la conocían todos, llevaba el mismo nombre que su madre. Era ama de casa y a su vez tejía a mano, y luego a máquina, para las tiendas y para los vecinos. Y también trabajaba como personal doméstico. Era una buena manera de ayudar a su esposo Agustín, un metalúrgico que se rompió el lomo 38 años en fundiciones de acero. Era jefe de joyería y los últimos diez años fue maestro de los chicos nuevos que empezaban en el oficio. Con ese sueldo pudieron comprar un lote de 15 por 40 metros en Don Bosco y se mudaron del pequeño departamento alquilado que poseían en Quilmes cuando Horacio tenía 6 años. Dos años antes habían comenzado a construir la casa ladrillo por ladrillo. La idea era tener, por fin, el techo propio.

Don Agustín trabajaba horas extras para conseguir un poco más de dinero y muchos fines de semana no regresaba a su casa. El único hijo varón, entonces, le preguntaba inquieto a su madre cuál era la razón. Ella respondía:

-Está trabajando para los amigos.

-¿Y cobra por eso?

-No todo se cobra, son sus amigos.

Al tiempo Horacio pudo comprobarlo cuando estaban poniendo la losa en la casa nueva porque todos los amigos de su padre habían ido para ayudarlo. “Ves, cuando preguntabas por tu papá, estaba haciendo lo mismo en la casa de ellos”, le contaba su madre, siempre erguida y con esa misma actitud que él copiaría con los años. También consiguió su fortaleza y la tolerancia a la frustración, y aprendió lo que significaba la exigencia. Al Elizondo hombre y también árbitro, le costó años entender la diferencia entre la responsabilidad y la culpa, palabra que, al fin y al cabo, pudo desterrar de su vida. Entendió que ser responsable, más allá de los resultados, es que uno hiciese todo lo posible. Que no se quedara al otro día con el “si hubiese hecho esto o aquello”. A partir de ese descubrimiento invitó a todos a intentar. Siempre a intentar.

El lado sensible estaba más conectado con su papá, el hombre de quien aprendió los valores principales de la vida. Con Haydeé palpó el roce social, aun con otra formación y otros parámetros. Ella, en definitiva, marcó más los límites en la familia. Era la que pasaba más tiempo con él y con su otra hija, Graciela Haydeé, casi cinco años mayor que Horacio. Era en cierta forma lógico. Agustín se levantaba a las cinco de la mañana y volvía a eso de las ocho de la noche después de un arduo día laboral. Cuando llegaba, claro, estaba agotado; comía y se iba a dormir. Los fines de semana tenía más contacto con sus hijos, salvo algunos sábados que también trabajaba. Y Horacio aprendió muchas cosas de su padre, observándolo. Probablemente ni él mismo se daba cuenta de que su hijo tomaba virtudes de su personalidad. La responsabilidad, el cumplimiento y los procedimientos fueron algunas de ellas.

El padre, un radical que no tenía problemas a la hora de discutir con el delegado gremial por no ir a un acto peronista, contaba en la cena lo que había sucedido durante el día en su trabajo y Horacio lo escuchaba atentamente. Para él, lo que pasaba con su padre en la fábrica eran como aventuras que luego se harían realidad: a los 18 años lo llevó a trabajar con él a la fundición.

Pero si hay algo que quedó en la memoria de Elizondo junior fue aquella escena que vivió en su casa en 1979. La familia había comprado hacía poco su primera TV a color, un Telefunken pagado en cuotas. Estaba viendo un programa cuando, casi sin querer, escuchó un diálogo que tenían sus padres en la cocina:

-Ya te habrás enterado.

-Sí, tengo el telegrama en la mano.

-¿Por qué te echaron?

-Por ser derecho, vieja.

El escuchaba a unos metros y para sus adentros decía “qué injusticia”. Pero tuvo que pasar un tiempo para que se atreviera a preguntarle a su madre qué había pasado en la fundición porque su padre, como tantas otras cosas, no se lo había comentado. Y Haydeé, entonces, le contó la historia de su despido. “Papá vio que al irse de la fábrica todos los días, los camiones que llevaban escoria, guardaban válvulas. Por eso le hizo la denuncia al jefe. Pasaron los días y lo echaron: el dueño se autorrobaba para cobrar el seguro”. Agustín había cumplido con su deber pero fue un golpe grande en el hogar porque produjo un movimiento importante. Fue una época difícil, pero Horacio, con 16 años, estaba lleno de orgullo por la actitud de su papá que no especuló y fue fiel a sus convicciones.

Agustín era hincha de Racing y fue quien llevó a Horacio a una cancha de fútbol por primera vez cuando tenía seis años.

Jugaban el equipo de su padre y Ferro. Y fueron de noche también al estadio porque al chiquito le gustaba el espectáculo de las luces, de las barras cantando, todo lo que rodeaba al mundo de la pelota y su fiesta. Y por sobre todas las cosas, salir y estar con su papá. Cuando creció, el pibe era rápido y se ubicaba en la cancha de siete o de wing derecho como se le decía por aquellos tiempos. No tenía gran riqueza técnica pero contaba con actitud, fuerza y liderazgo. Por eso ordenaba a sus compañeros en la cancha, tenía buena lectura de juego, ideaba las estrategias del plantel. De chico juntaba figuritas pero no se identificaba con ningún futbolista, igual que de adolescente. No creía en los ídolos ni en idealizar ninguna cuestión, pero sí en los referentes basándose en las habilidades, o en los valores que portaban, o en la capacidad de liderazgo como Ricardo Bochini, Norberto Alonso, Diego Maradona y Mario Kempes, por ejemplo, que eran símbolos. Claudio Marangoni, Fernando Redondo, Jorge Valdano, César Luis Menotti, Angel Cappa, Gabriel Batistuta, Diego Simeone, Enzo Francescoli y Oscar Ruggeri también le llamaban la atención.

Y Agustín no sólo lo llevó de la mano a ver un partido de los grandes. También lo acompañó en su desarrollo deportivo y fue con la pelota bajo el brazo a la canchita del barrio. Más tarde iba a verlo jugar en el club Libertad aunque antes lo seguía en un equipo que habían formado los pibes de Don Bosco, los que vivían en la parte baja que albergaba a la clase más trabajadora, y también los de la parte alta. Para Horacio, luego, llegó el tiempo de jugar en el Wilcoop de Wilde mientras que más tarde, Tito, que era un transportista de ganado y hacienda, armó un equipo y los hizo jugar en Bernal y en otros barrios de la zona.

Hasta que a los 14 años se fue a probar a las inferiores de

Quilmes. Luego de que lo aceptaran fue al banco de suplentes y tuvo sus diez minutos de gloria (y de titular) en la Pre-novena. Aún con pocos años, y un alto grado de exigencia, Elizondo se sacó de la cabeza la idea de ser futbolista profesional. Notó que este deporte solamente iba a ser una diversión para él.

Era una edad de prueba y error, de sueños, de juego. Y mientras su hermana se quemaba las pestañas estudiando, él no. Como alumno no era aplicado, pero tenía mucha facilidad, leía un par de hojas en dos minutos y le alcanzaba porque no buscaba el diez; con un siete o un ocho se conformaba. Así se llevó dos materias en primer año, una en segundo y otra más en tercero: pero avanzaba. Había que tener en cuenta que además trabajaba y se levantaba a las cinco de la mañana, repartía los diarios hasta las 11, volvía a su casa, se bañaba, comía y mientras almorzaba, leía. Luego iba al colegio y con el último timbre marchaba derecho al Parque Domínico a entrenar. La rutina finalizaba en su hogar. El cuerpo necesitaba reposar.

Si bien no tenía problemas con el estudio, sí los tenía con su disciplina: todos los años acumuló amonestaciones y estuvo al filo de que lo echaran. A los 15, en tercer año, se subió al techo del colegio por las rejas de la ventana para buscar una pelota que se les había colgado. Trepó, alcanzó el balón y bajó para seguir jugando, con tanta mala suerte que lo vio la directora: le pusieron diez amonestaciones más y fue expulsado. Llamaron a sus padres, les comentaron lo que había pasado y ellos pidieron una última oportunidad. Entonces la directora llamó a una junta de docentes y los profesores lo salvaron por un solo motivo: sus buenas notas. “Es un muy buen alumno, es un desperdicio perderlo”, dijeron.

En otra ocasión, en una prueba de Instrucción Cívica, su com-

pañero Carlos Moraña le pidió ayuda porque no sabía nada. Horacio le contestó: “Morite, la semana pasada te pedí ayuda para el examen de geografía, me dijiste que no sabías nada y después te sacaste un diez y yo un cuatro”. Comenzaron los insultos y también las piñas. Los dos terminaron de la misma manera: la nariz sangrando, en Dirección y con diez amonestaciones. Aunque otras amonestaciones fuesen por chistar, reírse en grupo o por alguna llegada tarde, la disciplina era estricta. Eran los tiempos en los cuales dominaba el miedo instaurado por el Proceso Militar.

En quinto grado de la escuela primaria Horacio también estuvo al borde de la expulsión. Junto a sus compañeritos armaban gomeras, les ponían las banditas y en el recreo les tiraban papelitos a las chicas y durante la clase le apuntaban al vidrio pese a la presencia de la maestra Carmen. En el cuaderno de comunicaciones volvió una nota para que leyera doña Haydeé: “Horacio tiraba piedras con la gomera”. Se armó revuelo en la casa de los Elizondo. “¿Por qué mentiría la maestra?”, decía su mamá. Su permanencia en la escuela estaba en jaque. Pero se salvó.

Si anteriormente la nariz le sangró, no fue muy diferente a lo que le había sucedido a los 11 años, en el barrio, cuando se juntaban los chicos en la calle. La mayoría eran más grandes, como César, que tenía 15 y a quien Horacio le dijo sin medir consecuencias: “Yo a eso no quiero jugar, boludo”. Casi que no terminó la frase cuando el chico se dio media vuelta, le dio una trompada y rompió su labio. Para no llorar delante de todos, Elizondo se fue a la casa. Y allí sí desparramó lágrimas sin parar. “¿Qué te pasó?”, le preguntaron. Y él contó. “Tienen razón, cómo vas a faltarle el respeto a alguien mayor que vos”,

le dijeron. Y le agregaron una penitencia.

Por momentos había rigidez en su hogar. Como cuando empezó a salir con su primera novia. Como a la mamá no le gustó nada, lo llevó a hablar con el padre Vicente, en la capilla de Don Bosco. Y el sacerdote un día le metió palabras como diablo y tentación de por medio. Horacio había ido para dejar tranquila a su progenitora porque no le interesaba ningún sermón; ya tenía 17 años. Hasta que una vez estaban los tres en la oficinita del cura y él le dijo si podía hablar a solas. Pero el futuro árbitro ni se inmutaba y le respondía “Esto no es pecado, lo respeto pero no lo comparto”. El cura, resignado, le respondió: “Que Dios te ayude y ojalá cambies tu visión”. Los ojos se le abrieron bien grandes, como cuando iba los sábados a las clases de catecismo y la monja, un día, le creó a él y a sus compañeritos un gran trauma. Les había dicho que lo más maravilloso de la vida era la muerte, que era magnífica y bella. Todos los chicos se querían morir. Se armó un lío bárbaro en el vecindario.

Horacio tomó la comunión, cumplió siempre las fechas de celebraciones, creyó y cree en Dios y en la Virgen María, a quien le da más importancia. Sostuvo siempre que las religiones están manejadas por hombres y nunca le gustó la idea de sectorizar, de dividir entre católicos, judíos, mahometanos o evangélicos. Eso sí: no creyó ni cree en la educación de la Iglesia cuando lo centran bajo los dominios de la culpa. Y piensa que por la culpa no se logra nada, sólo gente resentida y frustrada. Él, como fiel educador, tiene otra visión. Pero mantuvo su fe y siempre llevó alguna estampita en el maletín o en la billetera. A la hora de dormir siempre rezó todas las noches y en sus plegarias abundan los agradecimientos. En algún momento de relajación, antes de los partidos no oraba por el éxito, sólo

pedía tener claridad y ser justo adentro de una cancha.

A Dios, justamente, lo tuvo de su lado en diciembre de 1996, cuando se tomó unas vacaciones en La Pedrera, Uruguay, junto a Mili, por entonces su novia y luego su segunda esposa. O, en todo caso, antes de llegar allí. Ese 26 se había levantado, tenso, contracturado, con malas sensaciones para el viaje en auto. Ni la camisa se podía poner. Camino a San Ignacio, y luego de recibir un mate, Horacio levantó la vista y en ese camino de ripio vio dos alcantarillas que sobresalían en la ruta. Tocar alguna de ellas le provocaría a sus neumáticos alguna pinchadura y es por eso pegó el volantazo. A partir de ese instante perdió el control de la camioneta y comenzaron a dar trompos y se fue a una zanja derrapando de costado, rebotó y cayó arriba de un alambrado para terminar unos metros más allá. Ni bien pasó el impacto se miraron, se tocaron y no podían creer que estuviesen vivos. Estaban todos astillados con vidrios y tuvieron que salir por la luneta. No haber tenido el cinturón les provocó terminar allí. En el hospital les sacaron todos los vidrios y luego determinaron tranquilizarse y descansar unos días. “Si regresamos vamos a tener dos problemas; el accidente y que no nos tomamos las vacaciones”, dijo Elizondo. Cuando volvieron en barco vieron cómo había quedado el auto: totalmente destruido.

Casado dos veces, ambas mujeres lo conocieron como árbitro y sabían de su pasión por la profesión. En la primera etapa, con Olga, estuvo en matrimonio poco más de dos años tras cuatro de noviazgo y tuvieron a Malena, hoy de 15 años. Y con Mili firmó la libreta en 2007, aunque conviven desde hace 14 años. Agustina, de 10; Joaquín, de 7; y Agustín, de 4, llegaron en este período. Elizondo siempre estuvo pendiente del crecimiento de sus hijos y también de conseguir los recursos para que nos

les faltase nada. Aunque por su trabajo se perdió algunas cosas como el día a día. Fue un aprendizaje para él en todo sentido ya que debió aprovechar los tiempos cuando estaban juntos y también entender que cada uno de ellos quería prioridad con su padre.

A Malena la esperó para ser su partero, pero no pudo porque necesitaron una cesárea para traerla al mundo. Pero lo pudo hacer con Joaquín, ya que nació en su casa, aunque con ayuda del médico porque tuvo que girarlo. Le cortó el cordón y hasta lo bañó. Valentina nació en la clínica Güemes de Luján por parto natural y con Agustín fue diferente. Horacio acompañó con sus hijos a su señora al hospital y luego regresó a casa con los chicos. Más tarde recibió un mensajito de texto que decía: “Sos papá”, y todos regresaron a ver al nuevo integrante de la familia. Otra bendición llegaba desde arriba. Mili también estuvo en Berlín el día de la final. Por primera vez en la historia la FIFA, después de los cuartos de final, le otorgó la chance a los árbitros de invitar al Mundial a novias o esposas.

El momento cumbre de su carrera lo pasarían juntos.

## 5.

# PROFESION DE RIESGO

**A** las 8.52 del 23 de marzo de 1999, en un barrio residencial de Asunción y en medio de una profunda crisis política, el vicepresidente de Paraguay, Luis María Argaña, fue acribillado de diez balazos. El atentado lo llevó a cabo un grupo, según señalan crónicas de la época, que se trasladaba en un Fiat Tempra a cara descubierta. A partir de la muerte de Argaña, se desató una violencia que dejó unos 15 heridos en la capital paraguaya después de los enfrentamientos entre manifestantes y la policía. La cifra cambiaría a tres muertos dos días después, ahora por choques entre partidarios y opositores del presidente Raúl Cubas, a su vez enemigo del político asesinado.

La Plaza de Armas se convirtió en el anfiteatro donde franco-tiradores, tanques, banderas y tiroteos se hacían protagonistas. El Partido Colorado estaba en el Gobierno y el militar Lino Oviedo había sido puesto en libertad por el mismo Cubas el año anterior. En la plaza se enfrentaron oviedistas y opositores. Había campesinos que llegaron desde lejos para presentar lucha en un lugar tildado de histórico para los paraguayos. Esa plaza mira hacia el Congreso Nacional y más allá el Río Paraguay. En esa convulsionada ciudad debía jugarse un partido de fútbol

por la Copa Libertadores. Y el árbitro designado por la Confederación Sudamericana había sido Elizondo, secundado por asistentes argentinos.

Estaban cerradas todas las fronteras y ese día los árbitros partieron hacia Asunción a la mañana. La noche anterior, dirigentes de la CONMEBOL habían llamado a la casa a Elizondo para confirmarle que el partido se jugaría sí o sí.

-¿Cómo voy a hacer para pasar?

-Usted va a tomar un vuelo de Aerolíneas Argentinas a Clorinda y de allí lo van a trasladar al cruce de la frontera. Lo vamos a esperar nosotros del lado argentino y a través de la embajada y de la CONMEBOL lo vamos a hacer entrar.

Había una larga cola y varios de los que estaban allí pusieron mala cara cuando a los referis les sellaban el pasaporte rápidamente. Cuando llegaron al hotel, la ciudad estaba convulsionada. Había manifestaciones en la Plaza de Armas en defensa del gobierno de Cubas. Se oían tiros y había francotiradores apostados en varios edificios de la zona céntrica. Todos los extranjeros escuchaban la radio y tenían encendido los televisores para ver qué sucedía. Hasta que llegó la hora de ir al estadio Defensores del Chaco. El paisaje era impresionante porque ya habían salido los tanques a las calles. Cuando llegaron al estadio, a esa altura un paraíso terrenal, había unas 20 mil personas que fueron para alentar a Olimpia.

Por si a la tarde noche le faltaba algo, después de terminado el primer tiempo se cortó la luz en toda la cancha. Había miedo e incertidumbre y Elizondo recomendó a sus colegas quedarse sentados en el vestuario contra la pared. Hasta que el entrenador uruguayo Luis Cubilla, DT del local, golpeó la puerta y entró:

-¿Qué vas a hacer?

-Esperar que vuelva la luz.

-Esto es una locura, ya salieron los tanques a la calle y yo tengo miedo por lo que le pase a mi familia. Para mí el partido está de más.

-Para todos está de más, sin dudas. Este partido no debió jugarse.

-Yo me voy, hacé lo que quieras, Horacio. Mucha suerte.

El entretiempo duró unos 25 minutos. Y cuando comenzó el complemento todos miraban el reloj. Lo que menos importaba a esa altura de la película, era el partido entre paraguayos y brasileños. Se escuchaba más el murmullo que el grito de los espectadores. Cuando terminó el partido, los argentinos se fueron al hotel y allí tuvieron un panorama un poco más claro. Al día siguiente se reabrieron las fronteras al mediodía y por la tarde Elizondo y compañía se volvieron en avión.

Si bien en ese partido los tiros le pasaron lejos a Elizondo, no ocurrió lo mismo en un clásico entre Central y Newells, en Arroyito. Luego de finalizado el primer tiempo, el árbitro recibió una mala noticia en su vestuario; había problemas entre la hinchada visitante y la policía, con balas de goma incluidas. Cuando pisó el césped se dio cuenta de lo que pasaba porque un escuadrón reprimía a la gente y desde las tribunas volaban piedras en una batalla desigual. Elizondo dio la orden de parar esa locura, pero nadie lo oía. Hasta que se interpuso en la pelea. “Si ustedes se corren y dejan de tirar, la gente se va a tranquilizar”, le dijo a la policía. Y se puso en el medio. Al rato la locura frenó y el partido siguió. Una locura que había encendido el jefe del escuadrón policial (de quien comentaban era hinchada de Central) y al cual se le dibujaba en la cara la satisfacción de su feroz morbosidad. Las cámaras de televisión lo enfocaron en

primer plano y fue relevado de su cargo.

Y si allí Elizondo estuvo cerca de recibir alguna herida, en 1997 le dieron de lleno en la cara con una moneda. Fue en La Bombonera en el choque entre Boca y San Lorenzo y el proyectil llegó desde uno de los palcos VIP. Se estrelló contra su cara y cayó de rodillas. Aunque aún por estos días Elizondo no sabe si fue para él o para Néstor Gorosito que venía corriendo detrás suyo. “Si era para él o para algún asistente hubiera suspendido el partido”, diría años más tarde.

Pero no fue la única agresión que recibió. Era el torneo regional, en 1987, con Juventud Antoniana de Salta y el equipo de San Martín de Jujuy, Ingenio Ledesma. Allí era asistente de Carlos Paladino. Ganaban los locales 2 a 0 y le abrieron la cabeza de un botellazo. Lo vendaron y le pusieron un cordón de infantería para resguardarlo. Cuando llegó al vestuario lo cosieron. Elizondo tenía en claro que sólo su propio error le daría miedo. Y no a los proyectiles que vendrían desde la tribuna o desde el mismo campo de juego.

Otra anécdota. En la cancha de Unión el local jugaba contra Quilmes, en el Nacional B, y Elizondo tuvo un encontronazo con los dirigentes. El Tatengue ganaba 1 a 0 pero él le otorgó un penal al visitante y el partido finalizó 1 a 1. José Luis Meiszner, presidente cervecero, y Aníbal Fernández –intendente de Quilmes--, estaban enloquecidos con el arbitraje. Cuando pasó por al lado no le dijeron una sola palabra, pero cuando ya había recorrido unos diez metros le gritaron “sos un traidor” y “nos cagaste”, entre otros insultos. Entonces el árbitro volvió sobre sus pasos, dejó el bolso en el suelo y la policía lo tuvo que agarrar. “A vos no te peleo porque hace poco saliste del hospital”, le gritó primero a Meiszner, quien venía de sufrir un

problema cardíaco. “Y a vos te peleo con una mano atrás. Hasta esa ventaja te doy”, atacó cara a cara a Fernández. Las aguas, más tarde, se calmaron y con Meiszner se pidieron disculpas en la inauguración del nuevo estadio de Quilmes, amistoso que dirigiera entre las sub 17 de Argentina y Paraguay.

Pero nadie olvidó lo que pasó en aquella oportunidad porque cuando Elizondo volvió triunfante del Mundial de Alemania, lo recibió el presidente de la Nación, Néstor Kirchner, en la Casa Rosada para felicitarlo por su brillante actuación. El presidente le pidió que recordase aquella anécdota porque aquel Aníbal Fernández era su Ministro del interior. Cuando Elizondo contó lo que había pasado, el primer mandatario lanzó, entre risas, hacia su hombre de confianza la siguiente frase: “Vos que te hacés el guapo con todos, te pararon el carro”.

Fernández, esta vez, no esbozó ninguna sonrisa.

No fue el primer diálogo picante de Elizondo con el poder. En 1995, como Secretario del Sindicato de Arbitros había ido a pedirle aumento a Grondona en un momento tenso entre ambos. Por esos días, además, se jugaba el partido de vuelta de la final de la Supercopa entre Independiente y Boca que él debía dirigir.

-Yo sé que estás enojado conmigo y me tenés bronca. Así que estabas designado para la segunda final, pero ahora te cambié y puse a Castrilli. Me tengo que cubrir, no estoy seguro cómo me vas a cobrar, yo no te conozco mucho.

-La verdad tiene razón, usted no me conoce. El tiempo le va a demostrar quién soy yo, a ver si suelo confundir las cosas en un campo de juego o no.

El tiempo, al fin de cuentas, se lo demostró.

Por si le faltase algo, Elizondo fue a dirigir a Córdoba tras ser

consagrado como el mejor árbitro del planeta en 2006. El tercer encuentro entre la Leones y Sarmiento, por el ascenso a la A de la Liga Belvillense lo tenía como protagonista casi exclusivo y por eso habían sacado su entrada casi siete mil personas. Pero el partido no se pudo jugar porque en el precalentamiento le tiraron un rollo de papel por la cabeza al arquero de Leones. Entonces decidió suspender el juego. “Una persona arruinó todo. Esto pasa en nuestro país”, dijo con mucha bronca.

En la cancha de Unión de Santa Fe, el temperamental Roberto Trotta no lo agredió físicamente pero le tiró una frase que lo dejó boquiabierto. Había cometido un foul y luego se quejó. Por eso Elizondo lo encaró:

-A vos no te viene nada bien. ¿Qué árbitro te gusta?

-Ninguno, si son todos un desastre.

En un clásico tuvo cintura como para evitar algún problema mayor cuando dirigió un Boca-River en La Bombonera, quince días después del escándalo entre quienes eran defensores millonarios en 2005. Todo se desató cuando se dio a publicidad una relación entre Horacio Ameli y la esposa de Eduardo Tuzzio. Antes de empezar el partido, y conociendo a Guillermo Barros Schelotto, Elizondo le dijo sobre la posibilidad de cargar a Tuzzio:

-Ni te quiero ver pasar cerca de él.

-¿De qué me hablás?

-Sabés de qué te hablo.

-Me agarraste, pero quedate tranquilo que no voy a decir una palabra.

Diferente le fue con el Beto Márcico en un amistoso de verano entre Boca y Racing, cuando Elizondo se había transformado en árbitro internacional.

-Lo felicito por ser internacional. ¿Me permite decirle algo?-  
le dijo el Beto.

-Sí, cómo no.

-Haga siempre su juego, porque nosotros vamos a hacer el nuestro.

Elizondo fue, en general, respetado en su función por los protagonistas del fútbol. Rodolfo Arruabarrena, el lateral campeón de todo con Boca en la era Bianchi, y hoy finalizando su carrera en Tigre, señala: “En la cancha Elizondo era un tipo serio y hablaba lo justo, sabía llevar el partido y trataba pasar desapercibido. Y tuvo su premio al dirigir la final del Mundial y consiguiendo un respeto importante a nivel internacional”. Gastón Sessa, el arquero que pasó por Vélez y Gimnasia y Esgrima La Plata, entre otros clubes, agrega: “Me dirigí muchísimas veces y siempre lo hizo con mucho respeto y criterio. Era uno de esos árbitros que no permitía el diálogo extenso y menos en tono de voz elevado. Trataba con mucho respeto al jugador y a su vez exigía lo mismo”.

Desde el banco de suplentes también lo veían con buenos ojos. Alejandro Sabella lo vivió como ayudante de campo de Daniel Passarella en River y el hoy director técnico del Estudiantes campeón de la Copa Libertadores dice: “Con decir que alcanzó un logro inédito para Argentina como arbitrar el partido inaugural y la final de la Copa del Mundo en Alemania, creo que está todo dicho. Una persona que concluyó su carrera con semejante desempeño nos da un ejemplo, sobre todo en una actividad tan cuestionada. Uno como técnico tiene que pensar en cómo están sus jugadores, en los rivales que enfrentará, en cómo llegamos a un partido, en los viajes, en cómo trabaja el club, la utilería, en los problemas que puede estar atravesando cada jugador y

todas esas circunstancias pueden tener una resolución desfavorable si un árbitro se equivoca en contra. Pero reducir todo a ese tema sería simplificar un hecho y caer en una arbitrariedad. Elizondo mostró sobriedad, actitud y conocimientos profesionales para dirigir un partido y para imponer respeto con el reglamento en la mano. Yo siempre considere a un árbitro como una persona que debe ayudar al espectáculo y que al mismo tiempo debe impartir justicia. Pero noten que si en la vida hay jueces que tardan años en dar un fallo. Elizondo lo tenía que hacer en segundos. Y se fue con el reconocimiento generalizado y, desde mi pequeño lugar, quiero sumar el mío. Como hombre del fútbol puedo apelar a una frase para definirlo: fue un árbitro sobrio, decidido, conocedor del fútbol e inflexible”.

Angel Cappa, actual director técnico de River, tampoco se quedó atrás a la hora de elogiar a Elizondo: ”Fue un árbitro que dominaba los partidos por conocimiento del reglamento y del juego, y además tenía personalidad para imponerse sin autoritarismo. Uno de los mejores que he visto en los últimos años”.

## 6.

### LA MEDALLA, UN SIMBOLO

Italia es campeón mundial nuevamente. Como en 1934, cuando de local y bajo la presión impuesta por el Duce Mussolini no había otra opción que ganar. O como en 1938, en su visita a Francia, justamente el país que ahora lo sufre. También en 1982, en Europa otra vez derrotando a la fuerte Alemania por 3 a 1. Los penales, ahora, son los que sentencian el tetracampeonato azzurro. Aunque pocos pongan su foco de atención allí, Elizondo, García y Otero se abrazan en la mitad de la cancha en un claro gesto de triunfo grupal. Son ellos los que dirigieron cinco partidos incluyendo el primero y el último del campeonato. Por eso suben con orgullo a la tarima donde el presidente de la FIFA, el suizo Joseph Blatter, les entrega la medalla. Horacio la recibe, se la cuelga y mientras su cabeza va reeditando todo lo sucedido en sus últimos 120 minutos, también se da un espacio para retroceder tres décadas.

\* \* \*

Ya se habían mudado a Don Bosco. La mesita de luz de su papá era intocable pero un día Horacio estaba solo con su hermana y no pudo más. Entró a la habitación más grande y fue directo a ella. Quería abrir sus cajones y ver qué secretos guar-

daba allí. Había unas revistas *El Gráfico* y una cajita larga con un montón de medallas. “¿Cómo hago para averiguar de qué son?”, se preguntaba. Hablar era deschavarse. Y un día tomó coraje para preguntarle a su madre.

-Estaba la puerta abierta y entré.

-No podés hacer eso. Preguntale a tu padre, que él te cuente.

No tenía alternativa. Juntó fuerzas y luego de pedirle disculpas por lo que había hecho, lo encaró. “Esas son las que ganó tu padre cuando hacía deporte”, le respondió Agustín no sin sonrojarse. Había preseas de ciclismo, de billar, fútbol y básquet y hasta de boxeo. Esa osadía, al menos, le abrió la puerta de las historias deportivas de su padre que él no conocía. Y resultó muy significativo y a su vez muy simbólico: su papá nunca se colgó las medallas. Por un lado él se preguntaba por qué no le había contado aquellos relatos de su juventud, pero por otro veía toda su sencillez resumida en ese acto. Como jefe de familia se preocupaba más para que sus hijos aprendieran otras cosas que entendía más importantes. Aquel gesto quedó grabado a fuego en el alma de Horacio.

En esa etapa de su vida es donde se acercó al atletismo. Tenía un amigo, Gustavo Sueldo, a quien le gustaba también ese deporte. Por eso su padre comenzó a enseñarles. Corrían por las calles de Don Bosco y hacían algunos ejercicios como para que los músculos estuvieran un rato en acción. Hasta que el propio Agustín los llevó al Parque Domingo y se acercaron a los entrenadores Antonio Hiebra y Ana María Campillar como para encarar aquella actividad con un poco más de rigor y seriedad aunque Horacio no estaba tan convencido, ni decidido. Sueldo fue, con el correr del tiempo, un atleta importante en Argentina que luego se dedicó al salto en largo y a los 110 me-

tros con vallas. Había tal ebullición en el vecindario que varios padres se engancharon y se armó un espacio propio con el club de atletismo Atlético Don Bosco. Así, con Elizondo incluido, empezaron a competir en no federados. Y, más tarde, junto a muchos chicos se federaron. Esa asociación duró varios años con el empuje de los padres del barrio; funcionaba en un lote baldío prestado. Pero no faltaba voluntad porque los mayores hicieron los pilotes y pusieron los colchones y hasta pidieron a la Municipalidad que armara una pista de atletismo.

Le había picado el bichito. Comenzó corriendo los 1500 metros y pruebas de Cross Country. Hasta que vio que en los 400 metros se defendía bien porque tenía resistencia, como así también en el lanzamiento de bala y de jabalina, con la cual empezó a competir para Independiente. Como juvenil hasta se dio el gusto de enfrentar a los seleccionados de Japón y a Corea. Entrenaba 2 ó 3 horas por día además de trabajar y estudiar. Hasta los 20 años, el atletismo ocupó una buena parte de su vida y hasta en la escuela Joaquín V. González, aquella de Don Bosco ubicada en el límite de Villa Iapi, “era Gardel”. Incluso a partir de tercer año, y debido al atletismo, pasó a ser la figurita del colegio. Por eso a veces le suspendían algún examen porque tenía que entrenar y competir por la escuela. Aquella utilización del cuerpo como recreación y competencia le ayudaría más adelante para su carrera como estudiante en el Profesorado de Educación Física y también para su carrera como árbitro. Pero el nivel de competencia era cada vez más exigente, y necesitaría más tiempo para su entrenamiento. El trabajo y el estudio no se lo permitieron, entonces decidió abandonar el atletismo.

## 7.

### SOBORNO, ESA PALABRA TEMIDA

Fue en Córdoba, en la localidad de Laguna. Era un clásico de la zona. Elizondo ya dirigía en Primera División y arbitrar aquel choque le servía para sumar unos buenos pesos de sueldo. Como había llegado a la provincia por la mañana, cuando fue al hotel se tiró a dormir un par de horas. Al mediodía, cuando bajó para almorzar, el conserje lo llamó a su escritorio:

-¿Ya lo llamó el Rengo?

-No, ¿quién es el Rengo?

-El Rengo es uno de los dirigentes del club local. Quería hablar con usted.

-No, no vino nadie.

-Pero mire que va a venir a charlar con usted.

-Y bueno, que venga.

-¿Pero le digo que venga o que no venga para hablar con usted?

-Yo no decido que venga. Si quiere venir que venga y sino que se quede en la casa.

-Nooo. Porque me parece que quiere arreglar para hoy.

-¿Qué quiere arreglar?

-Y... tenemos que ganar hoy.

-Van a ganar si ponen la pelota adentro del arco. Pero ahora, por lo que me dice, digale al Rengo que no se aparezca por acá. Ahora sí decido yo. Y usted es un maleducado.

El árbitro se fue a su habitación intranquilo. Por primera vez alguien le hablaba de soborno. Era un partido de campo y contrataban a los referís de Buenos Aires que no dirigían ese fin de semana. Horacio intentó olvidar el episodio y luego de un par de horas de descanso lo vinieron a buscar para ir a la cancha. Ya en pleno partido, un defensor visitante comete un grosero penal al bajar con la mano la pelota en el área. Penal en Córdoba y en la China, claro. Ese defensor que parecía más un jugador de voleibol que de fútbol, fue directo hacia él a insultarlo y decirle que no había sido penal. Roja directa. Elizondo percibió que algo raro estaba pasando. El penal se transforma en gol; 1-0. Pero el equipo visitante comenzó a atacar y empató el juego. Final del primer tiempo.

En el complemento la visita hizo un gol de penal y ganó por 2 a 1. Pero en esos 45 minutos Elizondo se dio cuenta de que, por los gritos que le llegaban de la tribuna, se había corrido la bola que el partido estaba arreglado para que ganaran los locales. El gran problema apareció a la hora de retirarse de la cancha: lo rodeo la policía y tuvieron que poner un candado en la puerta de entrada. La cancha estaba toda alambrada, así que era imposible retirarse por otro lado.

Cien hinchas del equipo local lo querían linchar; con un poste de luz intentaban derribar esa puerta y la policía no hacía nada. Cinco, diez minutos y nada. En su cabeza repetía “si entran soy hombre muerto”. En el predio los vestuarios estaban a cincuenta metros de la cancha y no había manera de escapar. Hasta que el árbitro tomó una decisión cuando se habían calmado un poco

los ánimos: sacó pecho, puso la peor cara que podía y comenzó a caminar hacia la puerta. “Vengan conmigo, ustedes ubíquense al costado mío” le dijo a los agentes y a sus asistentes. Y empezó a caminar.

Elizondo fue a paso firme, abrió la puerta y salió. Mientras, la policía armó un cordón por ambos lados y la gente se puso de costado a insultarlos. Volaban botellas y llovían insultos. Pero llegaron a destino. Aunque no todo estaba resuelto porque tenía que cobrar sus honorarios y esperar que lo pasaran a buscar para ir al aeropuerto Pajas Blancas.

Primero llegó a los vestidores el presidente visitante, que dijo:

-Yo creía que usted estaba arreglado. Pero no fue así, lo felicito.

Luego llegó el presidente local a pagarle no sin antes recriminarle:

-Qué mal que te portaste, eh. Nos pateaste en contra.

- No, hice lo que tenía que hacer. ¿Vos sos el Rengo?- preguntó.

-Sí, soy el Rengo.

-¿Ah, sí? Por qué no te vas a la reputa madre que te remilparió.

El presidente tiró el dinero en la mesa y se fue.

Elizondo se dio cuenta de que nunca debió dirigir el partido luego de la charla en el hotel porque quedaría expuesto. Esa fue la gran moraleja que sacó tras su regreso a Buenos Aires.

Los años pasaron y ya con la chapa de internacional fue a dirigir un partido a otro continente. En la previa, el hombre responsable en la atención a los árbitros que iban a jugar aquel partido por Eliminatorias se le acercó amablemente. Lo llevó a

una exposición cercana y comenzó a hacerle preguntas.

-¿Qué reloj utiliza para tomar el tiempo de los partidos?

-Este reloj.

-Pero ese ya no va. Un árbitro de su prestigio no puede usar ese reloj; usted necesita uno muy bueno. ¿Y tiene auto?

-Si, un Dodge 1500.

-Ah, porque nosotros le podemos obsequiar un BMW. A usted y a sus compañeros.

-¿Usted se imagina que yo baje del avión y me suba a un BMW? ¿Qué explico en Argentina? Esto es un acto de corrupción en mi país.

-Pero usted tiene que decir que esto fue un regalo, que le dimos un obsequio como gentileza.

-En la cultura de mi país eso es inexplicable. Le agradezco el gesto pero no puedo aceptar.

## 8.

# LA BUSQUEDA DEL CAMBIO

Transcurría septiembre de 2007 cuando, camino a su nuevo trabajo en la Secretaría de Deportes, Elizondo recibió un llamado de Grondona, que asistía a Venezuela por la Copa América. Dijo que a su regreso necesitaba conversar con él porque quería cambiar algunas cosas en el arbitraje y deseaba contar con sus servicios. La primera reunión se produjo en octubre, con José Luis Meiszner –secretario ejecutivo de la entidad–, como testigo. El presidente de la AFA buscaba un cambio, darles otro foco a los hombres de negro y le preguntó si tenía alguna idea para desarrollar al respecto. Allí el máximo dirigente del fútbol argentino le dio toda la libertad a Elizondo para montar su propio proyecto y el árbitro, entonces, creó la DFA (Dirección de Formación Arbitral).

Durante años, la Escuela de Árbitros de la AFA era una “escuelita” denostada por la propia dirigencia. Y el quilmeño quiso revitalizarla desde su parte formativa para que tuviera una cierta relación con los organigramas de AFA. Y que a su vez se relacionara con la educación formal y no formal. Grondona, tras varias reuniones, le dio el visto bueno y a inicios de 2008 lo puso en funciones.

Elizondo no tardó un minuto en iniciar su gestión. Por eso creó rápidamente la función de un secretario pedagógico, también contrató a un responsable de prensa tanto interno como externo, creó el Departamento de psicología que estuvo a cargo de un psicólogo especialista en deporte y con coaching ontológico, implementó el Departamento de investigación y rendimiento y además tomó otros cuatro instructores para sumar a la estructura de instructores técnicos-tácticos-estratégicos (TTE) que ya estaban en ese puesto y capacitó a varios instructores jóvenes en esta nueva visión del arbitraje. Elizondo soñaba con ser superado lo más rápido posible por las nuevas generaciones.

Y si le daba importancia a la psicología, y creía que era muy importante para el desarrollo del árbitro, fue porque lo vivió en carne propia. *“Hubo una etapa de mi vida en la que debía resolver varios problemas y no lo hacía. Daba vueltas, estiraba la decisión. Y eso se trasladaba a la cancha. No cobré ni un penal en esa época. Para mí no existían. Podían fusilar a un tipo adentro del área que yo hacía el gesto de siga, siga,. Después miraba por la tele los partidos y decía: ‘¿Cómo no cobré ese penal?’. Entonces empecé terapia y lo entendí. El lugar más conflictivo en un campo de juego son las áreas. Yo no me hacía cargo de mis conflictos afuera y por ende tampoco adentro. Estaba desarmado en la vida y en las áreas. Gracias a la terapia cambié, empecé a resolver en mi vida, y por correlato, en la cancha”*, le dijo al diario *Olé* en 2001 como ejemplo.

Junto a su equipo de trabajo, Elizondo sabía que lo que debían profesionalizar primero era la estructura porque estaba más retrasada que el nivel del arbitraje. A partir de allí comenzaron a trabajar con energía y muchas ganas en la creación de un nuevo paradigma y, por consiguiente, en un cambio de la cultura

arbitral. Pero semejante cambio no era bien asimilado por algunos sectores. La contratación de nuevos profesionales y más empleados, el aumento de sueldos, la implementación de ocho horas semanales más de trabajo para árbitros y asistentes de primer nivel (con concentración incluida), más el análisis de video y entrenamiento en campo que antes no existían, provocaba envidias y asperezas. Los árbitros encumbrados exigían más dinero ya que cuestionaban el costo en la capacitación, estimado en medio millón de pesos por año. Una cifra que no podía pasarse por alto aunque la FIFA envía a las Asociaciones nacionales un apoyo de miles de euros para el desarrollo del arbitraje.

Pero la mentalidad de algunos árbitros de alto nivel, y producto del sistema en el cual fueron formados (entrenarse tres veces por semana y tres clases de perfeccionamiento por año, por ejemplo), se dirigió directamente a ponerle obstáculos al nuevo modelo que se quería implementar. “Si tenemos que trabajar ocho horas más por semana, entonces queremos más plata”, decían.

La AFA había montado una estructura importante y se movió el avispero. Así, los mismos que alababan el proyecto y que a su vez habían ido a golpear las puertas de los sindicatos en búsqueda de aumento de sueldo, comenzaron a cascotear la conducción y a preguntar, entre otras cosas, por qué se pagaban los montos que se pagaban como inversión. A algunos de ellos, el tiempo los había dejado atrás en el arbitraje y representaban al modelo antiguo de conducción. Elizondo se lo había comentado a Grondona pero el pope de la AFA le había respondido que no los podía sacar porque algunos estaban a punto de jubilarse y otros ya estaban jubilados.

Uno de los principales opositores que le puso palos en la rue-

da a su gestión fue Jorge Romo, Presidente del Colegio de Árbitros desde el 9 de enero de 1991, quien ya se había posicionado en contra de Elizondo cuando éste era uno de los candidatos a jugar el Mundial de Japón-Corea 2002. Incluso Romo, para combatirlo, se alió con Angel Gnecco y Juan Carlos Lousteau, antiguos directores de la Escuela de Árbitros y con quienes, en su momento, él mismo estaba peleado. También Aníbal Hay y Juan Carlos Crespi se colocaron en la vereda de enfrente. “Yo no fui hombre de nadie y esas cuestiones se terminan pagando”, dice hoy Elizondo, quien también admite que en esa función correría sus riesgos.

Aun con ese escenario como fondo, el trabajo siguió adelante. Sin embargo hubo un detonante plenamente deportivo que desembocó en un final abrupto: Elizondo fue tajante cuando se enteró en mayo que Gustavo Bassi dirigiría el clásico entre Boca y River y comentó: “No puede jugar el Superclásico”. Aducía que hasta ese momento del torneo no estaba haciendo las cosas bien y que había otros árbitros para hacerlo. Sus dichos se filtraron y Grondona lo llamó inmediatamente y lo esperó con todas las fotocopias de las notas que habían sido publicadas en los diarios resaltadas con marcador amarillo

“¿Hiciste un poco de barullo, no?”, fueron las primeras palabras de Don Julio con esa ironía que lleva su sello. “Vos en el tema de quién juega no te metas más. Eso lo va a seguir haciendo Romo”, le ordenó. Entonces Elizondo comenzó a perder poder entre sus colegas y su palabra ya no tenía tanta injerencia como al principio. Quienes pugnaron para alejarlo de su puesto comenzaron a mostrar sus dientes afilados y a castigar la construcción que había armado. Por eso al árbitro le quedaba sólo el respaldo de los colegas que apreciaban sus valores como así

también su jerarquía en la cancha y sus dotes de educador.

Elizondo miró a su alrededor y notó que políticamente ya no estaba bien instalado con su equipo de trabajo y el respaldo era menor. Y que con los más grandes no podía hacerse el cambio cultural que deseaba cuando asumió. En el mea culpa se dio cuenta de que había ido demasiado rápido con ellos, o que pretendía algo que ellos no le podían dar. Entonces le apuntaron al avance de los jóvenes y creó el programa Prodar para el desarrollo arbitral, que consistía en la búsqueda de talentos en cada categoría por medio de los instructores.

El Prodar, que en 2010 llevaba su tercer año, se inició como un programa abierto y enroló en su primer año a quienes tenían capacidades para el arbitraje. Los candidatos debían tener un perfil para ingresar y cumplir con diversas perspectivas. Al plan no ingresaba cualquier aspirante, aunque sí se podía salir sin dificultades. Desde el punto de vista educativo, Elizondo había dado un gran empujón al cambio. Claro que por su forma de pensar quería otra cosa. Sabía que no todos los árbitros estaban convencidos de esta nueva manera de educarlos. Y los gremios tampoco se ubicaron de su lado. Elizondo no compartía que los Sindicatos estuvieran más pendientes de quién dirigía cada domingo a la formación profesional de los jueces. Y el plan que impulsaba en ese momento la presidencia del Colegio de Árbitros para con los Sindicatos pasaba más por otro lado; la elección de quien dirigiría cada fecha. “Quedate tranquilo que para el domingo dirige el tuyo”, era una de las frases más escuchadas por SADRA (Sindicato de Árbitros de la República Argentina) y la Asociación Argentina de Árbitros, desde la oficina de Romo.

No estaban ausentes, en esas decisiones del Colegio, los di-

rigentes de los clubes, cuya moneda corriente era “pedir árbitros”. “Que me dirija éste”, era una frase que no debía faltar en el buen diccionario de los presidentes de las entidades. Y cuánto más grande fuera el club, más peso tenía ese “pedido”. Eso sí, los directivos también “recusaban” al mejor estilo de la Justicia ordinaria.

Mientras, en diciembre de 2008 Elizondo no se quedó quieto. Hizo cursos en la FIFA y el jefe de Departamento de Desarrollo del arbitraje de esa entidad le ofreció integrar su equipo de trabajo. Grondona le dijo: “Vos no sos para esta cultura. Probalo hasta fin de año y si no te gusta volvés acá porque yo te respeto el cargo y tu sueldo”. Para ese entonces ya habían achicado la estructura de la DFA en forma compulsiva sin haberle consultado nada al hombre que había dirigido la final del Mundial. Había desaparecido el Departamento de Psicología y ya no tenían asistente de prensa. Era una señal clara que comprendió. “Si no voy a tener autoridad para manejar el arbitraje, me voy”, comentó Elizondo. Su ingreso al máximo ente del fútbol mundial le permitía ir, formar, educar, sugerir y diagnosticar. Era un perfil diferente al de la DFA del cual ya estaba despidiéndose. Aunque en el fondo, una de las causas de su despedida era que no aceptaba que Romo –que no fue árbitro--, tuviese todo el poder en su rubro.

Víctor Hugo Morales, el relator de fútbol más importante que tiene nuestro país, ponderó al Elizondo hombre y árbitro: “Tengo una opinión muy favorable suya. Lo veo un hombre muy comprometido con ciertos criterios humanistas y es una persona políticamente ubicada donde me gusta ver ubicadas a las personas. Un tipo solidario y una persona de bien. Y un árbitro que creció extrañamente, para mi gusto, en forma espectacular

en la Copa del Mundo, alejado de las presiones locales. Creo a todos los árbitros argentinos les ha costado ser más jueces en Argentina que internacionalmente. Las presiones de nuestro medio son muy particulares y especiales porque es un medio muy loco. Y él no escapaba a esa característica: en Argentina era un árbitro de los buenos, pero de ninguna manera de los muy buenos. En el Campeonato del Mundo fue un verdadero crack y cumplió una actuación excepcional y redondeó una carrera que, en el promedio, es como haber ido sacando buenas notas durante la carrera y recibirse con un diez”. Pero fue crítico acerca de su función de dirigente: “Cuando entró a la parte directriz, en una Asociación del Fútbol Argentino que es muy particular, me parece que desdibujó una parte del crédito que se había ganado y que merece, por otra parte, como persona y como árbitro. Porque trabajar dentro de la AFA debe ser una cosa que si lo hacés no negociando nada, no podés durar un día. Y cuando empezás a negociar, perdés. En consecuencia, como funcionario de la AFA la gestión volvió a ser de un tono mas bien mediocre. Digo de lo que trasciende, porque a lo mejor puertas adentro él puede decir que hizo una gran tarea y yo sería injusto en desmerecerlo si eso fuese así y tiene cómo demostrarlo. Pero de lo que trascendía, fue una performance pobre”, dijo el relator uruguayo.

Horacio Pagani, el experimentado periodista que trabaja en Clarín, TyC Sports y Radio Mitre, aporta su visión de Elizondo cumpliendo una función docente: “Un árbitro que es elegido para el partido inaugural de un Mundial y luego para controlar la final de ese mismo Mundial no necesita descripciones sobre su capacidad técnica ni sobre su personalidad. Esas fueron las pruebas supremas que rindió con éxito Horacio Elizondo en

Alemania 2006 y que le dieron el colofón a una carrera impecable. Por eso fue acertada su decisión de dejar el referato inmediatamente después. Y también la de aceptar el nombramiento al frente de la Formación Arbitral en la AFA. En ese cargo docente demostró, además, su hombría de bien y fue coherente cuando decidió renunciar al ver que sus sugerencias no eran correspondidas por la dirigencia. Hizo transcurrir con dignidad su carrera y fue tan digno en su renunciamiento”.

Tras su ida, Miguel Scime, un ex árbitro, quedó al frente de la DFA como una continuación de la línea creada por Elizondo: renovar el arbitraje. Se produjo, entonces, la promoción de un árbitro internacional a Primera División, seis árbitros nuevos a Primera y otros 35 árbitros a las diferentes categorías. También siguió el Prodar con un nuevo grupo y con un cambio de nombre (Argentina 2014-2018), pero con la misma esencia. “Para el próximo Mundial vamos a contar con una camada más nutrida de árbitros internacionales para que tengan posibilidades en ese evento. Y en 2018 vamos a tener árbitros en Primera División con un promedio de edad de 30 a 32 años, que es lo que quiere la FIFA”, afirma Scime por estos días. Y con un dejo de nostalgia recuerda lo que vivió años atrás: “Cuando Elizondo fue Secretario General de la Asociación Argentina de Árbitros allá por los noventa, yo fui Secretario de Prensa y teníamos una comunicación constante. Y cuando me enteré por la radio de que dirigiría la final del Mundial, paré el auto al lado de la ruta y se me cayeron algunas lágrimas de la emoción. Un argentino y amigo mío había llegado con gran sacrificio desde que empezó. Vi pocos profesionales como él y logró su recompensa”.

Elizondo volcaría a partir del momento que dejó el predio de

AFA su experiencia en un ámbito más amplio. Y tenía con qué. Desde el verano de 1987, cuando dirigió su primer partido en infantiles, Elizondo vio pasar demasiada agua bajo el puente y hasta fue protagonista de una escena en un partido que hoy la FIFA toma como modelo aunque el Chino (otro de los apodos con el que se lo conocía en el ambiente) supo que debió actuar de otra manera. Fue en el Mundial de Clubes, en Brasil, cuando expulsó a cuatro jugadores, tres de ellos en la misma acción. El Real Madrid le ganó al Raja de Marruecos por 3 a 2, aunque todo comenzó cuando el equipo de Casablanca estaba 1 a 0 arriba en el marcador. Ya había cobrado un tiro libre para los españoles y la pelota siguió su recorrido. La tomó un marroquí y empezó a hacer jueguito, y aunque el árbitro argentino tocó varias veces su silbato para que entregue la pelota, no le hizo caso. Roberto Carlos, el lateral brasileño que jugaba para el equipo merengue corrió a ese lugar y le aplicó un cachetazo. Se hizo un remolino y entonces apareció la tarjeta roja para Roberto Carlos. Michel Salgado también llegó a gran velocidad y le pegó una patada a su rival que estaba en el suelo debido al golpe del brasileño. Pero se levantó y escupió a su agresor. Elizondo los separó, los expulsó, los tomó de un brazo a cada uno y los llevó afuera de la cancha. Luego se quedó preocupado y pensativo porque no pudo anticiparse a la jugada. “Si hubiese estado más rápido mentalmente, esta situación se habría evitado”, se dijo.

Volviendo a nuestro país, Elizondo escuchó muchas historias, sobre todo cuando Romo presidió el Colegio de Árbitros. Una de ellas decía que uno de los tres equipos más grandes de Argentina “tenía” su árbitro y que, con el paso del tiempo, ese mismo árbitro le fue tomando el gustito al trabajo y sumó más

“clientes” para su cartera laboral. Justamente por esta situación, el mismo equipo, al perder prioridad, denunció en AFA lo que estaba sucediendo. Otros equipos siguieron al grande. Nadie quería perderse el negocio. Sólo necesitaban que el árbitro que los dirigiera “no tuviera un mal partido” ese día.

Si en décadas anteriores el imaginario popular pensaba en un maletín con dinero que llegaría a manos de los árbitros antes de un partido fundamental por el torneo local o por alguna Copa internacional, con el tiempo, el *modus operandi* cambiaría por los contactos e influencias. Nadie le preguntó a algunos árbitros cómo lograron su patrimonio personal teniendo en cuenta que los jornales por dirigir un partido, si bien pueden resultar interesantes, no alcanzan para edificar una fortuna. En los últimos años, de todos modos, hubo algunos estallidos mediáticos que comenzaron a poner la discusión en boca de cada hinchta futbolero. Por ejemplo Pablo Lunati (amigo de aquel árbitro con clientela propia entre los clubes), fue cuestionado por poseer un auto BMW, un lavadero y una franquicia de Havanna en San Martín con el respaldo de la dirigencia de Independiente. Su defensa ante los medios, diciendo previamente que enviaría cartas documento, fue la siguiente en diciembre de 2009: “Me dolieron mucho las cosas que se dijeron sobre mi honestidad. Hace 20 años que tengo un lavadero y empecé a trabajarlo desde los 23 años. Ahora lleva el nombre del menor de mis tres hijos, Matías. Pero además poseo una franquicia de alfajores Havanna. Con todo eso, que anda bien, sí puedo comprarme un auto de 60.000 dólares”.

Otra historia que en un país desarrollado sonaría a libro de ciencia ficción habla de un árbitro del cual no se conoció su nombre públicamente. Dirigió en Primera División, incluso

hasta un Boca-River en la Bombonera en el último lustro, y a su vez era representante de jugadores. El hombre en cuestión traía chicos desde el Interior para jugar en las inferiores de los clubes. Muchos se asombraban porque no daba la prueba física y sin embargo dirigía aún excedido de peso. Además un colega suyo que trabajaba en el mismo rubro en su vida privada contó que el árbitro se fue de su trabajo privado entre sombras de corrupción. El hombre mencionado ya se retiró y hoy sigue teniendo relación con la AFA.

Gabriel Brazenas, por ejemplo, fue designado en diciembre de 2007 como gerente coordinador de la Unidad de Administración de Beneficiarios del Instituto de la Vivienda de la Ciudad de Buenos Aires, cuyo Jefe de Gobierno era Mauricio Macri, quien fuera presidente de Boca Juniors. **“Yo debo cumplir mi función con total profesionalidad, tanto en el organismo como dentro del arbitraje. Es lo que sé hacer desde hace años: la gestión pública y dirigir. Después, cada quien puede opinar lo que quiera”**, indicó cuando su caso salió a la luz. Brazenas dirigió por última vez, al menos hasta el cierre de este libro, el 6 de julio de 2009. Fue en el partido que definía el torneo Clausura entre Vélez y Huracán y en el cual cometió varios errores importantes, entre ellos el foul de Joaquín Larrivey al arquero Monzón, que derivó en el gol de Maxi Moralez, al fin y al cabo el que terminó dándole el título al equipo de Liniers.

Los desaciertos arbitrales continuaron y muchos hasta resultaron increíbles. El 28 de marzo, de 2010, por ejemplo, y durante el partido de la Primera C entre Lamadrid y Luján, la terna se peleó en los vestuarios. El árbitro asistente Gastón Fernández Landa terminó en el Hospital Zubizarreta con tres puntos en el pómulo y el otro asistente (Daniel Rebuscini), declarando en

la comisaría. ¿El motivo de la pelea? La dio en declaraciones radiales Alejandro Toia, quien está al frente de la Asociación Argentina de Arbitros: *“Dos de ellos se sintieron dolidos porque uno marcó que estaba para otra cosa, no para ese partido. Cuando uno está bien y se lo refriega a otro pueden pasar estas cosas”*. El dirigente apuntó hacia arriba: *“Donde hay que trabajar es en la matriz del árbitro que queremos. Los entes que trabajan con los árbitros no lo hacen en conjunto. No aceptan la experiencia de los árbitros para cambiar cosas, cambian estructuras”*. Los tres árbitros tuvieron que hacer su descargo en el predio de la AFA ante Miguel Scime, primero en forma oral y después por escrito. Y al cierre de este libro se esperaba la resolución.

En las categorías menores de AFA también aparecieron algunas acciones arbitrales que finalmente fueron penadas. Una investigación del diario *Olé* sacó a la luz fallos que incidieron en el ascenso de Berazategui de la D a la C en la Promoción 2007-2008 y por los cuales dos árbitros, Diego Muñoz y Claudio Benítez, y dos líneas, Ariel Llapur y Leandro Métola, fueron dados de baja por “motivos técnicos”.

Elizondo le dijo adiós a la DFA en marzo de 2009 confiado en que había puesto la piedra basal de un futuro cambio en el arbitraje nacional. El 29 de noviembre de 2009, la AFA echó a Aníbal Hay, su empleado en relaciones públicas y a su vez asesor de Romo en el Colegio de Arbitros. Si bien no se dieron motivos oficiales, a las manos de Grondona llegó una grabación en la cual se habría hablado de un dinero ofrecido por Hay a Cristian Faraoni, árbitro del partido que San Lorenzo le ganó en su cancha a Atlético Tucumán por 3 a 1 en la primera fecha del torneo Apertura. El último día hábil de 2009, según señalaron

desde adentro de la AFA, el mismo Grondona despidió a Romo quien fue reemplazado por Roberto Lorenzo. De todas maneras continuó como miembro de la Comisión de Árbitros de la FIFA en representación de la Conmebol. Y aunque parezca increíble, Romo siguió al frente del Colegio de Árbitros. Probablemente deje su cargo a mediados de 2010.

## 9.

### LA HORA DE LA POLITICA

Luego del retiro Elizondo ingresó a la función pública. Fue Secretario de Deportes de Luján de enero a marzo de 2007. Resultó un buen desafío y logró, en ese poco tiempo, construir en el playón del Polideportivo de la ciudad canchas de tenis para los chicos de barrios carenciados y también organizó la Maratón de la Virgen, con atletas extranjeros inclusive.

Aquí hay que hacer un stop y recordar que cuando había llegado del Mundial de Alemania, Néstor Kirchner lo llamó para felicitarlo y lo invitó a la Casa Rosada. Allí estuvo en una reunión junto al presidente; el secretario de Deportes de la Nación, Claudio Morresi; Aníbal Fernández y Daniel Filmus, ministro de Educación. Más tarde ambos quedaron a solas en el despacho de la máxima autoridad nacional y su charla pasó por varios temas. El santacruceño le comentó lo importante que había sido para los argentinos el desempeño de Elizondo, demostrando que con esfuerzo se puede llegar a cumplir un objetivo. Y a partir de allí hablaron de varios temas como la cultura y el deporte.

Después charlaron de la transversabilidad en su gestión, el árbitro dio su opinión y le explicó cómo desde el deporte po-

dían generarse nuevos proyectos con una gestión diferente y a su vez llegar a mayor cantidad de gente. Al tiempo lo llamaron para preguntarle si quería trabajar para el Gobierno y ante la respuesta afirmativa sacaron un decreto que lo ubicaba en el nuevo puesto de Coordinador de Programas Deportivos Jurisdiccionales, cuya función era enfocar el deporte desde el punto de vista educativo. Eso sí, su presupuesto era nulo. A días de su designación, tomó un café en un bar de la Avenida de Mayo con Morresi, ya que su lugar de trabajo sería en la Secretaría de Deportes, en el Cenard. “Yo no te puse acá”, dijo el ex jugador de River, nervioso al pensar en alguna maniobra que pusiera a Elizondo en su cargo. “Nada que ver. Tendrías que potenciar mi figura”, le respondió. Si bien Morresi no lo combatió, estaba muy atento a todas las actividades que desarrollaba el ex árbitro.

Elizondo dejó su puesto en Luján y arrancó a nivel nacional con un plan piloto llamado “Los valores y los espectáculos deportivos”, que recorrió La Plata, Tucumán, Mendoza y Capital Federal. Un programa que le gustó a Filmus y cuya temática incluía a todos los protagonistas de, por ejemplo, un partido de fútbol. Capacitaron a docentes y la figura de Elizondo le dio empuje a este plan con algunas ideas de base para brindárselas a los chicos de 12 y 13 años para que ellos mismos crearan los talleres de radio, de hinchadas, de música de hinchada, sus propios reglamentos, cómo montar un espectáculo, entre otras cosas. Todo con la intención de aprender los valores; por eso avanzaron en la creación de un foro de discusión con la comunidad educativa y la sociedad. Con el área de Cultura, Elizondo reflató el proyecto de Javier Castrilli (“Hinchadas ciudadanas”), para insertar algún espectáculo en los entretiem-

pos de cada partido. Y con Desarrollo Social buscó aprovechar estructuras establecidas como el Tren Sanitario, que llegaba a los pueblitos del Interior. Un vagón estaba dedicado al deporte y desde allí no sólo capacitaban para inculcar los valores en el juego recreativo, sino también a diagnosticar la situación deportiva de las ciudades por las que pasaban. Eso fue en el transcurso de nueve meses con escaso apoyo económico. Luego llegó la llamada de Grondona para acercarlo al arbitraje. Al fin y al cabo, esa nueva propuesta sedujo su vanidad ya que allí iría por el cambio que tanto deseaba y pregonaba.

## 10.

### ESCRIBIR, ESA PASION

**P**odía ser vehemente Elizondo. Como aquel día que, bajando la tarde, una barrita de adolescentes empezó a gritarle después de un clásico “Che, Elizondo ladrón, como nos cagaste”. Allí le salió su veta de docente, y hasta un poco de psicólogo porque fue a encararlos. A medida que avanzaba, los chicos se iban sorprendiendo que fuera hacia ellos y más cuando el árbitro les preguntó:

-¿Quién fue el que dijo eso?

-(Silencio).

-¿Qué me quieren decir? Primero, buenas tardes.

Allí empezó el diálogo y Horacio los hizo reflexionar, les explicó que de otra manera podrían preguntarle igual sobre ese último partido y sobre otros. Todos volvieron a asombrarse y charlaron durante una hora. ¿Cómo terminó todo? La mayoría se sacó fotos con él. También hubo veces en las cuales intercedió aún sin haber recibido agresiones. Sólo por la búsqueda de la justicia en sí misma. Enfrente de su casa paraban un par de jóvenes a los que les gustaba tomar alcohol. Y se pusieron a molestar a una señora mayor. Le sacaron la bolsa de las compras y la insultaban. El fue y los enfrentó y ambos muchachos

se dieron cuenta de quién era el adversario. “Vos sos el botón que nos bombea”, le gritó uno. Cuando ambos se le vinieron encima los peleó a los dos. Después cada uno se fue a su casa. Había salido victorioso.

Podía ser un hombre calmo también. Y si hasta los 15 años, la revista *El Gráfico* atrapaba su atención y el recorrido de los titulares de los diarios lo acercaba a la lectura, su habilidad pasaba por las matemáticas, la historia y también la geografía. Aunque todo cambió cuando conoció en tercer año de la secundaria a la profesora Ivanoff, aquella mujer apasionada por la literatura. Ella lo inspiró desde aquel “Mi burro y yo”, el primer libro que les hizo leer y que relataba la vida de un coya jujeño. Esos instantes dispararon la veta creativa del árbitro y en sus ratos libres se dedicó a escribir.

Y así fue como hizo cursos en talleres literarios del ya desaparecido Café Gandhi, participó en algunos concursos utilizando un seudónimo, aunque cuando ganó una mención en uno de ellos no la fue a recibir por su timidez. Y a la par disfrutaba de la talla de escritores como Eduardo Galeano, Mario Benedetti, Rodolfo Walsh, Gabriel García Márquez y Oliverio Girondo.

“Cuando me enteré de que Elizondo escribía poemas me interesó el dato. Puede no querer decir nada, y también puede querer decir mucho. Más interesante me pareció aún cuando vi que hizo público su amor por la poesía. Lo sabemos, las reglas del fútbol son muchas veces las reglas de la jungla. Y parece que hay que disfrazarse de Rambo para no tener problemas. Pues bien, Horacio Elizondo, se rió de Rambo y eligió la poesía. Sin miedo a la jungla. Sin miedo a tener que salir otra vez a la cancha. Al error o a la burla. Elizondo es discreto, en cambio, para otras cosas que otros ostentarían, como algún intercambio que

tuvo con el escritor Eduardo Galeano y del que me tocó ser un simple nexo. Más sensibilidad y menos arrogancia. Tipos como Elizondo no sólo son buenos para el arbitraje. Son buenos para el fútbol. Y seguro que también para la vida”, analizó Ezequiel Fernández Moores, periodista de la agencia ANSA y columnista del diario *La Nación*.

Algunas poesías y frases escritas por Elizondo.

### **A VOS FÚTBOL (2004)**

*Sin poder parar*

*Y empeñado en hacernos gozar*

*Todos contigo quieren bailar*

*Porque de otra forma*

*No te pueden alcanzar*

*Tu ritmo es universal*

*Pero parece que de estas tierras*

*Nuncas más te mudarás*

*En el césped, en el barro y en el asfalto*

*Te han hecho triunfar*

*Todas juntas sin importar*

*Ay, milonga arrabalera!*

*Cómo te hacés desear*

*Faltan tan sólo unos días*

*Para que te vuelvas a presentar*

*Y en nuestros cuerpos*

*Te mantendremos a salvo*

*Para que nada te pueda pasar*

*Eternas discusiones has de crear*

*Enfrentamientos, polémicas, pasión*

*Belleza y trastornos*

*Tienes para dar*

**MIS DOS LUNAS (A MIS HIJAS, 1999. CANCIÓN)**

*En distintos ríos*

*Nacieron, dos encandos,*

*Con almas de duendes*

*Que adornaron mi barrio*

*Cuando una pinta el escenario*

*La otra actúa sin guión, ni correlato*

*Cabalgan en las nubes*

*Sin espuelas, ni rebenques*

*Construyen ciudades enteras*

*Con pedazos de barro*

*Que lindas las Lunas....*

*Que claras las veo....*

*Eclipsan mi norte,*

*Cuando no las veo.*

*Trepan las raíces sueltas*

*Los libros ya contados*

*Abren todas las puertas*

*Aun las que yo he cerrado*

*Se mudan rápido*

*En un tren de ida y vuelta*

*Esperando en cada estación*

*El encuentro de un abrazo*

**SER (1996)**

*Es preciso ser*

*Un cambio a tiempo*

*Es preciso ser*

*Fiel con lo que siento  
Es preciso ser  
Fiel con lo que consiento  
Es preciso ser  
Justo con lo que manifiesto  
Es preciso ser  
Juguete del talento  
Es preciso ser  
Un hombre con aliento*

“Suelta tus riendas para que no te sujeten la vida” (1995).

“El éxito es una fina metáfora de la autoestima” (1995).

“En tan sólo un instante, se apagan y se encienden, años de vida” (1996).

“Quizás no tenga palabras para escribir... pero me apoderé de sus significados para vivir” (2001).

# 11.

## OVACIONADO POR LAS DOS HINCHADAS

**S**i por algo se destacó Elizondo en su carrera fue por recibir aplausos de las dos hinchadas en el mismo partido. Primero lo tomaba con vergüenza y timidez pero luego comenzó a relajarse y a sentirse contenido por la misma gente que, en otras ocasiones, lo había insultado. Era una motivación extra “como aquel golpe en el pecho que le daba Carlos Griguol a sus jugadores para motivarlos”, diría. Ocurrió en las canchas de Lanús, Rosario Central, San Lorenzo, en el Estadio Único La Plata y también en la Bombonera el 6 de diciembre de 2006, el día de su retiro. Fue la última fecha del Apertura y jugaban Boca-Lanús, en uno de los partidos que podían definir el título ya que si los xeneizes ganaban sumarían una nueva estrella a su rico historial. Recibió una plaqueta en la mitad de la cancha y allí bajó la calurosa ovación de todo el estadio.

Claro, todo muy diferente a aquel 20 de diciembre de 1992, cuando en Corrientes había ganado el PJ en las elecciones a gobernador y en Capital Federal la gente se enteraba de que, antes de renunciar como Intendente porteño, Carlos Grosso había aumentado los gastos reservados de su gestión. Y cuando Elizondo hacía su debut en Primera División en el choque que

Deportivo Español le ganó 2 a 1 a Belgrano de Córdoba. *Clarín* lo calificó con un Bien.

Como tantas otras veces en su exitosa carrera, se había enterado por la radio de su designación cuando llegó a su casa tras una jornada de trabajo como profesor de educación física en la escuela 65 de Quilmes. Elizondo estaba incluido en la ascendente camada favorecida también por la nueva reglamentación de la FIFA que había bajado la edad del retiro de 50 a 45 años.

Minutos antes de comenzar aquel partido, al cual había llegado en su primer auto –un Volskwagen 1500 azul modelo 80-- junto a los asistentes, Claudio Busca, casi un tutor de Elizondo desde que dirigía en las divisiones inferiores, le dijo: “Ahora tenés que aprender a dirigir”. La frase le quedó picando en la cabeza que sólo comprendió con el paso de los años. Ingresaba a un mundo distinto y cumplía uno de sus sueños. También recordaba lo que le dijo Jorge Vigliano, otro colega; “No quieras demostrar en un solo partido lo que vas a demostrar a lo largo de los años”.

Hasta la cancha del Bajo Flores llegaron sus padres y vieron aquella corrida en la cual sacó pecho para enfrentar al volante uruguayo Sosa. Se le armó un remolino de camisetas celestes y Busca, en el análisis del partido le dijo al otro día: “Viste, te dije, acá no sos el amo y señor del partido. A los jugadores no les gusta eso”. Se fue contento y sabía que iniciaba un camino. Luego le llegó el título de árbitro internacional en 1994 junto a Ángel Sánchez, Sanabria, Luis Olivetto y Roberto Ruscio.

Catorce años después de aquel debut, se encontraba dirigiendo sus últimos noventa minutos. Pero sabía que debía hacerlo a tope, con la misma responsabilidad de siempre. Como si fuera la final del Mundial, porque a su vez quedaría en las retinas de

todo el mundo. Se quería retirar muy bien y sin remordimientos por haber errado algún fallo. Ya desde el principio sintió la emoción en su piel. Dio una conferencia de prensa y después, en la cancha, recibió besos de tres de sus cuatro hijos que tenían remeras que decían “Gracias papá” en letras mayúsculas. Una hora y media más tarde se escuchó el pitazo final y luego se abrazó con los líneas Claudio Rossi y Darío García, a quienes se sumó el cuarto árbitro Juan Sciancalepole. “Salió todo bien, ahora sí puedo retirarme tranquilo”, dijo íntimamente. En su casa de Luján lo esperaba una fiesta de despedida.

Pero no pudo ser.

Su compadre Javier Castiglia (padrino de Valentina, la segunda hija de Elizondo), debía ir a buscar a la esposa e hijos del árbitro para trasladarlos a la cancha de Boca. Pero tuvo un accidente en la ruta y su hijo Lautaro, quedó lastimado en la cabeza motivo por el cual debió ser internado, aunque tiempo después se recuperó sin problemas. Elizondo había visto caras extrañas antes del encuentro pero nadie le comentó nada; sólo le dieron la noticia cuando ya se había duchado y estaba listo para volver al country.

Tras el punto final, el reconocido periodista de *ESPN*, Miguel Simón, hace un perfecto resumen cuando dice de la carrera profesional de Elizondo: “Hay un trofeo que la congestionada vitrina del fútbol argentino no exhibe pero posee. No es reconocido a nivel oficial y no hay competencia organizada al respecto, sin embargo, podría ubicarse, tranquilamente, junto a los dos títulos de mayores, los seis de juveniles y las nueve Intercontinentales. Por supuesto que la coronación no tuvo fiesta ya que corresponde a un estamento sin hinchas y, además, precisa la eliminación del seleccionado nacional para alcanzarlo. Lo

concreto es que Horacio Elizondo ganó, sin dudas, un Mundial. Y no lo hizo con una primera rueda como la de Italia en 1982 o por la vía del penal como el tibio Brasil de 1994. Lo consiguió como el Scracht de 1970 o la Argentina de 1986. De punta a punta. De partido inaugural a encuentro cumbre. Mediante juego y eficacia. Dejando en claro, durante todo el torneo en Alemania, que no había mejor imagen, para resumir la justicia deportiva, que la suya”.

Y Angel Coerezza, un referente del arbitraje argentino, no se quedó atrás a la hora de los elogios: “Horacio ha sido generoso con sus compañeros y con sus maestros. Aunque le faltaba mejorar alguna cosa, siempre aceptó la crítica y quería progresar. Fue un ejemplo, y mejoró tanto que llegó a la FIFA, que no es lo mismo que dirigir en el fútbol nacional. El árbitro que tiene el mejor antecedente es el que la FIFA elige para dirigir la apertura de un Mundial, porque marca la pauta de lo que quieren los instructores para ese torneo. Indiscutiblemente la final también la dirige el mejor, aunque a veces no se da por la cuestión de cómo avanza el equipo de su país. Y su actuación fue excelente. Y hay que tener serenidad para conducir un partido al que lo ven mil millones de personas. Elizondo se destacó en su carrera en la aplicación correcta de las reglas; el sobresalió porque fue ecuánime y justo. Se puede escapar una mano o una posición adelantada, pero no se puede escapar la justicia. Es lo que más valoro”.

# EPILOGO

Elizondo estará en el Mundial de Sudáfrica 2010, esta vez no como árbitro sino como Instructor/Capacitador del programa de Asistencia al Arbitraje (RAP) de la FIFA. Allí, como en toda su carrera, seguirá haciendo docencia y también exponiendo los valores que lo llevaron a ser el mejor de todos. Y a tener también, por sobre todas las cosas, el reconocimiento fuera de las canchas de fútbol.

# BIBLIOGRAFIA

Diario Clarín,

Diario La Nación.

Diario Olé.

Web de la Asociación Argentina de Árbitros.

Página de Horacio Elizondo.

[www.sillonball.es](http://www.sillonball.es)

## **La carrera de Horacio Elizondo como árbitro se desarrolló de la siguiente manera:**

Cursó la carrera para Arbitro Profesional de Fútbol en la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), entre 1985 y 1987.

En el ámbito nacional dirigió en las distintas categorías del Ascenso más de 1200 encuentros.

Debutó en Primera División A en el partido Deportivo Español - Belgrano de Córdoba, el 20 de diciembre de 1992. Y dirigió más de 400 encuentros en dicha categoría, incluyendo todos los clásicos del fútbol argentino. A saber: River-Boca (11), Rosario-Newells (5), Huracán-San Lorenzo (4), Racing-Independiente (4), Colón-Unión (4), Gimnasia-Estudiantes (3), Belgrano-Talleres (3) y San Martín de Tucumán-Atlético de Tucumán (2).

En el ámbito Internacional fue designado como Arbitro FIFA

en 1994 y dirigió más de 150 partidos internacionales. Su debut fue en Colo Colo (Chile)-Nacional (Uruguay) por la Copa Libertadores de América. Además estuvo en 22 encuentros eliminatorios para los Mundiales de Francia (1998), Corea-Japón (2002) y Alemania (2006). También arbitró encuentros por Eliminatorias en otros continentes: España-Austria, Honduras-México y Qatar-Irán.

**Participó también en:**

Juegos Panamericanos (Mar Del Plata 1995).

Copa América (Bolivia 1997).

Mundial Juvenil Sub-17 (Egipto 1997)

Copa América (Paraguay 1999)

Mundial de Clubes (Brasil 2000)

Final Copa Libertadores (Paraguay 2002)

Mundial Sub-20 (Emiratos Árabes 2003)

Juegos Olímpicos (Grecia 2004)

Mundial Sub-20 (Holanda 2005)

Mundial Sub-17 (Perú 2005)

Final Copa Libertadores (Brasil 2005)

Mundial Alemania 2006

Final Copa Libertadores (Brasil 2006).

**A lo largo de su carrera recibió las siguientes distinciones:**

Condecorado con la “Mención al Mérito” por la Confederación Sudamericana de Fútbol (Paraguay 2006).

Elegido como “Mejor arbitro del mundo” por la IFHHS (Austria 2006).

Elegido como “Mejor arbitro del mundo” por la Revista World Soccer (Inglaterra 2006).

“Alumni” de Plata (Buenos Aires 2003, 2004 y 2006).

“Alumni” de Oro (Buenos Aires 2006).

Premios Olimpia. Círculo de Periodistas Deportivos (Buenos Aires 2006).

Premio “Juntos Educar”, del Arzobispado de Buenos Aires (2006).

Premio Ballena Austral. Círculo Periodistas Deportivos de Puerto Madryn (2007).

Premiado como “Notable de la Comunidad” por el Diario El Heraldo del Oeste (Luján 2007).

Distinguido con el Premio “Jerónimo Luís de Cabrera” entregado por el Municipio de la Ciudad de Córdoba (2007).

Distinguido con la Condecoración “Estrella Académica Universal”, por la

“Obra Mundial Pro Humanidad Solidaria” (Buenos Aires 2007).

Premio “Jorge Newbery”, en “Reconocimiento a la Trayectoria”, entregado por la

Jefatura de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

“Reconocimiento a la Trayectoria” otorgado por la Gobernación de Santiago del Estero.

### **Otros reconocimientos**

Distinguido por el Presidente de la Nación, Dr. Néstor Kirchner (2006).

La Honorable Cámara de Diputados de La Nación (2006).

La Secretaría de Deportes de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (2006).

El Comité Olímpico Argentino (2006).

Declarado “Ciudadano Ilustre” en la siguientes ciudades: Córdoba, Santa Fe, Catamarca, Santiago del Estero, San Luís, Rosario, Tres Arroyos, Belville, Marcos Juárez, La Carlota, Luján, La Banda Y Valle Viejo (2006).

El Polideportivo de la Ciudad de La Banda fue bautizado con el nombre “Profesor Horacio Elizondo” (2006).

Declarado “Hijo Adoptivo de la Ciudad de Luján” (2006).

Además fue nombrado:

“Profesor Honorario” Del ISFD N° 13 de Pehuajó, Buenos Aires (2007).

“Socio Honorario” del CeMaDe (2007).

“Socio Honorario” de APEFIN (2007).

“Vecino Honorario” de la Ciudad de Cipolletti, Río Negro (2007).

Socio Honorario Club de Amigos (2008).



## EL AUTOR

Marcelo Maller tiene 40 años y trabaja desde 1994 en la sección Deportes del diario Clarín. Fue autor del libro “Juan Curuchet. Sangre, sudor y oro” (2008), coautor de “La Copa Davis, el sueño argentino” (2006) y participó en el libro “Ayer y hoy. El gran tenis argentino”, editado por Clarín en 2005. Cubrió todos los Grand Slams de tenis como así también el Masters y los Masters Series de Madrid y Miami, 27 series de Copa Davis, incluida la final de Mar del Plata 2008, la Liga Mundial de voleibol, el Mundial femenino de hockey sobre césped de Utrecht, Holanda, en 1998, el Mundial de ciclismo de Berlín, en 1999, y el Mundial de Atletismo en París, en 2003.



*Primera versión mayo de 2010*